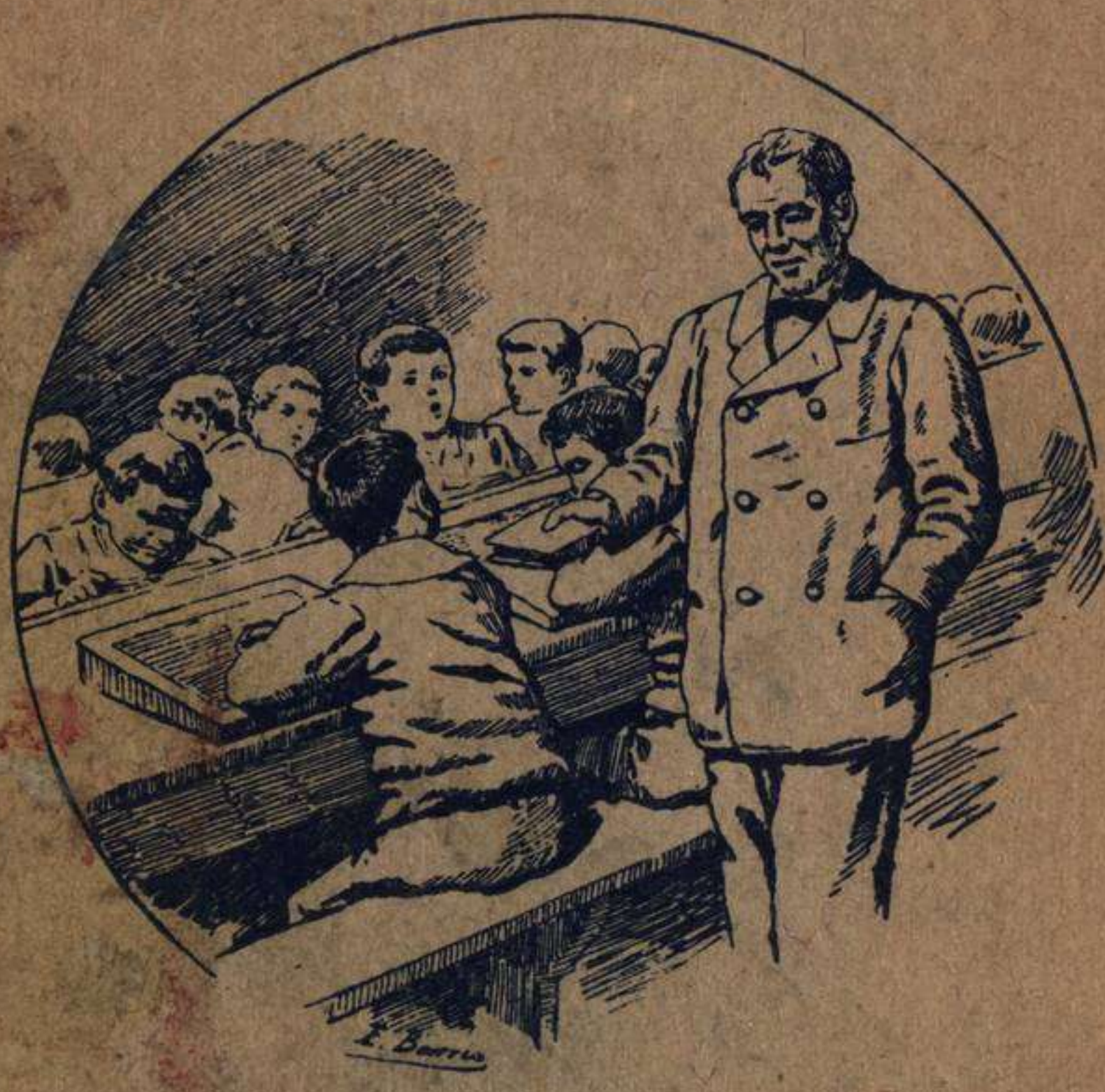
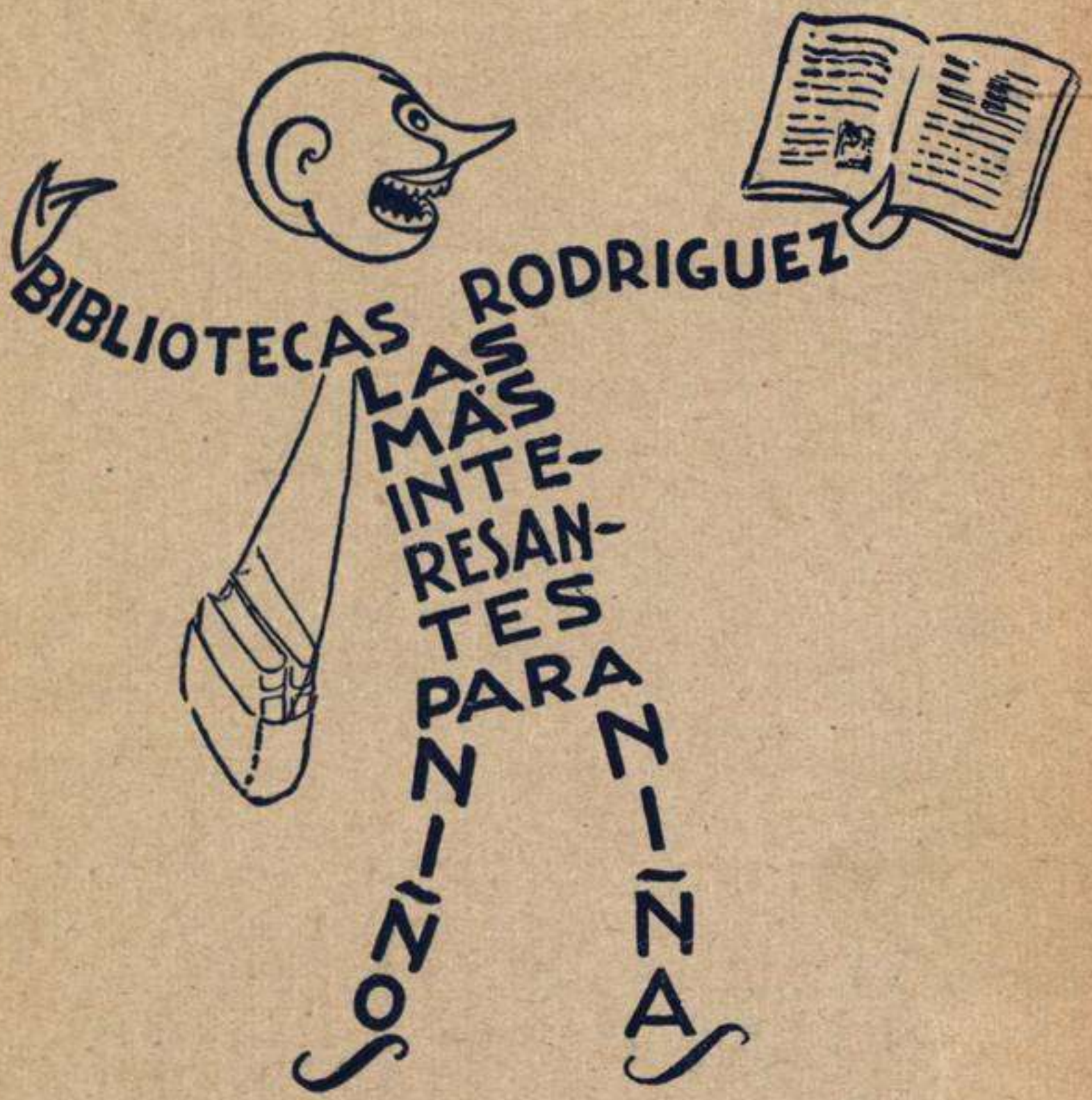
MATEO BUSTAMANTE

LECTURAS MORALES



HIJOS DE SANTIAGO RODRIGUEZ
BURGOS

817



(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

JE14/286 R4424

¡Interesantes!

¡Amenas!

¡Recreativas!

¡Artísticas!

¡Ideales!

El entusiasmo de los niños por las

Bibliotecas

Rodríguez

aumenta continuamente

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

JE14/286

LECTURAS MORALES

COLECCIONADAS

PARA LOS NIÑOS Y NIÑAS

POR

MATEO BUSTAMANTE

—

18.ª edición corregida

(Es propiedad)

R. 6589

HIJOS DE SANTIAGO RODRÍGUEZ

IMPRENTA :: CASA EDITORIAL :: LIBRERÍA

BURGOS

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

INTRODUCCION

Ayer me suplicasteis, hijos queridos, que para la clase de dictado me sirviera de algo que os interesara mucho. Sabéis muy bien que eso es precisamente lo que yo anhelo siempre: interesaros en el estudio. Hasta ahora, porque las reglas de ortografía se fijaran mejor en vuestra memoria, porque la vista y el pulso se os educara bien en el dibujar la letra, por las exigencias de dictar muy despacio y repitiendo mucho que todo ello trae consigo, me fué imposible atender á esta necesidad. Hoy varían las cosas. He aquí una colección de cuentos que os escribí para que en el porvenir me recordéis. Vamos á copiarla. Cuidad de poner mucha atención.

—¡Sí, sí, la pondremos! Y muchas gracias, maestro.

—En vuestro propio interés está, no sólo porque así aprenderéis más y mejor, sino también porque de tal modo realizaréis mejor vuestro intento. Oidme con atención; yo pronunciaré despacito y con claridad; y como sois pocos en esta sección, si no interrumpís, yo no me veré obligado á repeticiones constantes que extravíen el interés del cuento.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—¡No, no! ¡Nada de repeticiones será preciso!, se lo aseguro en nombre de todos.

—Pues empiezo á dictar. Y Dios quiera que, á más de para embellecer la letra y perfeccionar la ortografía, os sirvan mis relatos para embellecer el alma y perfeccionar la conciencia; que á ese fin los encamino! Es así como seréis honrados y respetados, y queridos por todos.

—Esté V. tranquilo, maestro, que procuraremos darle gusto en todo.

—Pues empecemos, hijos míos, por el cuento que titulo:

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

EL LABRADOR FELIZ

Un labrador cuidadoso que, como de costumbre, había sembrado todas sus tierras con esmero y diligencia, hallábase un día recreando la vista en su propia obra y en la buena muestra de granos que presentaban, cuando se le acercó un vecino, siempre admirado de aquel buen cultivo y ahora del vigor con que los trigos nacían.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—Amigo y vecino—le dijo:—No puedo menos de felicitarte por la gran cosecha que vas á tener indudablemente, según la muestra que presenta la sementera. ¡Buena, buena cosecha se te prepara, y en verdad que la mereces bien por tus trabajos grandes!—

—Sí; yo creo también que me ha de rendir fruto la tierra, si así fuere la voluntad del Señor.—

—¡Si así fuere la voluntad del Señor!... ¡Y lo dices tan resignado, tan conforme!... ¿Con tal frialdad piensas en lo que pueda suceder? Habla con verdad, amigo: Si el granizo destrozara tus mieses, si la sequía las arrasara, si los vientos te llevaran el grano de la era, ¿no te lamentarías de tu suerte; de la pérdida de tus trabajos y tus esperanzas?—

—Mucho disfrutaría, sí, y gran alegría me había de proporcionar el ver recompensados mis afanes y sudores de todo un año con la buenísima cosecha que espero. Diciendo otra cosa, mentiría. Pero del

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

mismo modo y con la misma verdad te aseguro que aunque nada cogiese, pronto me consolaría, pronto ganaría otra vez para el necesario sustento, con la ayuda de Dios, á quien no por esta contrariedad que tu supones dejaría de bendecir y adorar.—

—¿Qué es lo que estás diciendo? ¡Bendecir y adorar á Dios cuando, por recompensa al trabajo honrado, quita la cosecha y arruina con ello al infortunado padre de familia? ¡Bonita manera de pensar y de sentir!—

—¡Calla, blasfemo! Porque Dios no hace nada, sino por nuestro bien: Si Él permite que la sequía, el granizo, el viento, destruyan mis sembrados, y con ellos mis esperanzas y medios de vivir, ni en duda puedo poner que le mueven á ello razones poderosas y convenientes á mi salvación: razones que respeto y acato, aunque para mi sean ocultas. ¡Mejor, mucho mejor que yo sabe lo que me conviene, y mejor, mucho mejor que tú sabe lo que hace y lo que cada cual necesita.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—Pero perdiendo la cosecha te quedas pobre. ¡Y en la pobreza inmerecida alabar al Señor!—

—En la pobreza y en la riqueza, en la dicha y en el infortunio, siempre, amigo mío, siempre: que siempre es Él causa de todo. Y en último resultado, si la voluntad suya soberana es que pierda mi trabajo y mi dinero, ¿puedo yo oponerme á ello? Quejándome, blasfemando, jurando, ¿qué adelantaría? ¿Iría el mal á otra parte? ¿Sería rico por eso? Nada, nada, amigo mío, imítame: labra tus tierras, siémbralas luego, pon de tu parte cuanto puedas para lograr buena cosecha, y después, *hágase tu voluntad, Dios mío, así en la tierra como en el Cielo.*

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

EL HERRADOR

El maestro Nicolás era un gran herrador; los conocimientos que en su larga práctica había adquirido y su gran afición al trabajo eran tales, que la fama de que gozaba se extendía por muchas leguas á la redonda, y así la parroquia que acudía á su casa era numerosa; pues por otra parte le hacían simpático su honradez, buen humor y costumbres buenísimas por todos estilos.

La felicidad del tal herrador era mucha; pero como Dios en sus altos fines pone á prueba la paciencia de los hombres, permitió una vez que le sucediese gran desgracia para manifestarle así su misericordia, y aun para corregirle un defectillo; que no hay mortal á quien le falte alguno, y era el del buen Nicolás pensar en que todo compañero de oficio fuese enemigo declarado

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

de aquel que más utilidades encontraba en él.

Fué la desgracia que un día salió de casa á un pueblo próximo en cumplimiento de su deber, y en el camino cayó del caballo en mala forma, fracturándose una pierna. Imposible le fué levantarse, y hubiera pasado allí solo con sus agudos dolores las horas muertas, porque era camino poco pasajero; al fin pudo ser auxiliado y llevado á casa por unos arrieros.

La cura fué larga y dolorosa. Y cuando tras ella supo el pobre hombre que en mucho tiempo le sería imposible trabajar, la resignación que le acompañara en el accidente y en la cura luego, huyó de él como por encanto; y ya extraviada su imaginación, prorrumpió en amargas quejas, en que salió á relucir su defecto de juzgar sin fundamento en mala forma á quien profesaba el propio oficio.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué va á ser de mi y de mi numerosa familia, con este contratiempo? He de permanecer en cama sabe

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Dios hasta cuándo, y mientras los gastos aumentarán mucho, las entradas no tendrán lugar, pues el trabajar me es imposible. Menos mal en lo que haya dinero, aunque me cause pena el ver agotados los ahorros de mi vida. ¿Pero y el día que se concluyan?... Y ni la esperanza me queda del volver luego de sano al trabajo; pues como no tengo oficial alguno, mi numerosa parroquia, que precisa asistencia continuada, me abandonará... Y mientras tanto, el otro herrador del pueblo, ese envidioso de mi buena estrella, el maestro Manuel, adquirirá por mi desgracia la suerte que no pudo hacer por sus propios méritos, y la parroquia mía que se asistirá con él, seguirá luego lo mismo. ¡Y él se reirá de la broma, mientras yo postrado en el lecho del dolor veo huír de mí las ilusiones y el porvenir de mis hijos!...—

¡Qué mal pensaba, y cómo quiso Dios hacerle ver el grave error de suponer que pensando mal del prójimo se acierta siempre!: Precisamente cuando más atormen-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tada tenía la imaginación con tan pavorosas ideas, llega á la puerta de su casa un labrador con ánimos de que le herraran su caballería; pero encontrando el banco desierto é informado de lo

ocurrido, como el esperar le era imposible, marchó á casa del otro, del maestro Manuel.

—¿Qué se os ofrece, amigo? ¿Cómo es que llegáis á serviros de mi casa cuando jamás fuistéis parroquiano mío?—

El labrador le suplicó que herrase su caballería pues había de utilizarla en breve.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—Justo es, amigo mío, que yo no aumente la desgracia del compañero con un mal proceder. Sí; herraré vuestra caballería, pero en su casa, en su banco. Venid conmigo allá; que con la ayuda de Dios, allí he de servir á todos sus parroquianos para que no le abandonen.—

Decirlo y hacerlo, todo fué uno. Y mientras Nicolás estuvo enfermo, que fué largo tiempo, no dejó ni un solo día de asistir su banco, entregándole religiosamente cuanto en él ganaba.

¡Cómo varió de parecer el pobre enfermo! Mil veces le abrazaba llorando y diciéndole:

—¡Bendito seas, amigo querido! ¡Cómo te he calumniado! ¡No; es mentira que se acierte pensando mal! Tú eres un hombre honrado, un hombre caritativo, un bendito, y yo murmuré siempre de tí, creyéndote envidioso y de mala fé! ¡Perdona, amigo mío!—

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

LA VIUDA DE SAREPTA

Huyó el profeta Elías de la ira del rey Acab, y abandonando su patria encaminóse al país extranjero de Sidón.

En las afueras de la ciudad de Sarepta, encontróse á pobre mujer que trabajosamente iba haciendo su hacecillo de leña, y dirigióse á ella para rogarla un poco de agua y de pan, pues estaba desfallecido.

—Extranjero: Mucho placer me diera el complacerte. ¿Pero cómo he de darte pan si no tengo más que un puñado de harina y un poquito de aceite, que necesito para mi hijo enfermo, ni esperanza alguna de tener mañana ni pasado otro tanto siquiera para aquel pobre ángel mío? Se perdieron tres cosechas seguidas por la tierra que pisas, y el hambre lo invade todo; yo soy viuda, no tengo fuerzas para trabajar, y veo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

morir al enfermito por falta de alimentos. Soy caritativa, pero la caridad debe empezar por mi hijo... Sin embargo, vente,

extranjero. Haré la torta; y si él, por su gran debilidad, no puede comerse toda, será para tí la que sobre; yo te cedo muy gustosa mi parte; y para mañana... ¡Dios dirá, que Èl nunca abandona á sus criaturas!

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

En efecto: llegan, hace la anunciada torta aquella mujer santa con las escasas provisiones con que contaba, y cociéndola bajo el rescoldo del hacecillo de leña recogida, la alarga á su hijo, que adivinando el pensamiento de la madre, la parte en tres pedazos y ofrece dos, reservándose uno.

¡Triste comida!... Pero cuando la buena mujer quiere poner en orden sus trevejos, encuéntrase sorprendida por el peso de los cacharros que contuvieron la gastada aceite, la consumida harina. Mira, y ¡oh prodigio! La misma cantidad había allí que antes de hacer la torta!... Mira sorprendida á su hijo, loca de alegría, y enseña á él y al extranjero profeta los cacharros, que desde aquel día se desocuparon para hacer la torta mañana y tarde, sin que por eso faltara nunca en ellos la misma cantidad de harina y de aceite.

¡Singular prodigio! ¿Es la viuda quien mantiene á Elías, por disposición divina, por milagro extraño, ó es Elías quien cuida de la existencia de aquellos pobres carita-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tivos, con el auxilio de Dios? Madre é hijo, bien creyeron siempre esto último porque advertían en él hechos singulares.

La enfermedad mortal que el muchacho padeciera, le conduce, al fin, á su última hora. Expira, y la madre dolorida acompaña en silencio amargo el cadáver. Entonces el profeta, compadecido, vuelve á la vida al jovenzuelo, pagando así la caridad de su madre, y su fe y confianza en Dios.

LA PIEDRA DEL MAL HIJO

Con su único hijo vivía un pobre anciano, que había visto irse desminuyendo su capital, y el infeliz andaba melancólico, taciturno, sombrío, atribuyéndolo las gentes al mal estado de sus negocios.

Casó el hijo á disgusto del pobre an-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

ciano, quien para darle la hijuela de su madre tuvo que desprenderse de lo único que ya poseía: su casita y una tiendecilla de baratijas. Y como la ancianidad y los achaques le impedían por completo trabajar para ganar la subsistencia, hubo de aceptar la hospitalidad con que el hijo le brindaba, y atenido al matrimonio quedó desde entonces, aumentando de contínuo sus dolores; pues la nuera se convirtió pronto en dominadora absoluta, en déspota cruel que avasallaba al anciano y al marido, no habiendo otra voluntad para nada en la casa más que la suya.

Y los ingresos disminuyeron mucho; pues las gentes que compran necesitan en el comerciante genio alegre, complaciente, suave y allí la nuera era áspera y desabrida como ella sola; y el hijo, por disgustos continuados en el matrimonio se volvió tristón y cobarde; y el anciano no se atrevía á meterse en nada. Consecuencia: se ahuyentó la parroquia, disminuyeron las ventas, vino más y más á menos la casa, se

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

agrió más el insoportable carácter de ella, se achicó más el marido, y para el anciano fué más y más amargo el pan que comía. No pocas veces era interrumpida la comida con reyertas de mal género, acusando la nuera al suegro de hombre inútil, que, después de haber malgastado su capital, no valía más que para comer del sudor de otros; y á estas injustas recriminaciones, el hijo quería en vano poner tasa, mediando en la cuestión por la lucha de conciencia natural entre el amor filial y el conyugal, entre el deber de hijo y el de esposo; que si por un lado se encontraba dominado por ella, por el otro aún conservaba algún resto de cariño hacia el anciano padre.

Por fin, éste se resolvió á solicitar su ingreso en el Hospicio; quería huir del mal trato de la nuera, y pasar en paz el resto de sus días; pero más que nada, lo que le llevaba á solicitar tal cambio de vida era su propia conciencia, por lo que con valor extraño expuso y sostuvo su preten-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

sión, resignado y tranquilo, como si se tratara de cosa justa é inevitable.

El hijo se opuso siempre á tal resolución, no sabemos si por vanidad ó compasión, probablemente por ambas cosas. Pero como la nuera tomara con entusiasmo la idea, y luchara uno y otro día para que se realizara cuanto antes el proyecto del anciano, pronto se consumieron las apocadas fuerzas de resistencia del hijo, é hiciéronse las diligencias para que el anciano fuera admitido en el Hospicio.

Llegado el día fatal, el hijo acompañó al padre, que valerosamente traspuso los umbrales de su casa sin derramar una lágrima, aunque por dentro le abrasaban el corazón. Pero llegados al campo, ya en presencia del santo Hospicio, muy próximos á una gran piedra del camino, el anciano cabizbajo, levantó la vista del suelo y la fijó en la piedra. Entonces, abundantes lágrimas y sollozos mal reprimidos le embargaron al extremo de darle un síncope, y tenerle que sostener el hijo y aun conducirle y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

sentarle, bien creído que la vista del edificio fué la causa del desmayo.

Pasó el malestar, suspiró, levantóse de la piedra, la miró tristemente, y levantando luego la vista al cielo, dijo con melancolía profunda:

—¡Estaba de Dios! ¡Así había de suceder, y sucedió!—

—Que estaba de Dios! ¡Qué, padre mío? ¿Qué tiene para V. esa piedra, que tal impresión le causa?—

—¡Ah, hijo querido! ¡Esa piedra es mi

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

castigo!... También en ella senté yo á mi padre cuando le traje al Hospicio!...—

—¡Cómo! ¡Es decir, que el abuelo!...

—Murió en el Hospicio!

¡Horrible revelación! El hijo dió un paso atrás y dijo con voz entrecortada por la emoción:

—¡Y en esa piedra fatal...—

—Estuvo sentado también, hijo mío. También al llegar aquí le dió á tu abuelo un síncope, y tuve que sentarle. ¡Fuí un mal hijo!...

Cuando murió mi padre, una profundísima amargura turbó mi vista para siempre, y esa fué la causa de esta constante melancolía que me domina. He llorado mucho, pero estas lágrimas de arrepentimiento fueron tardías. Desde aquel día fatal, no he tenido hora buena. Mis asuntos han ido siempre de mal en peor. «El que á hierro mata, á hierro muere». Estas palabras del Divino Maestro, las tuve siempre grabadas en el alma desde entonces; y siempre convencido de que me vería herido por los

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

mismos filos crueles con que lastimé los últimos días de mi padre, de que vendría á morir en el Hospicio por consecuencia. Si resistí cuanto pude en tu casa, has visto con qué energía luego solicité y sostuve mi solicitud; cómo me hice el fuerte al salir de casa. ¡Era un castigo que tenía previsto! ¡Lo que no pude figurarme nunca, hijo mío, es que tuvieras que sentarme en la misma piedra en que le senté.

—¡Es decir, que en su día es probable que me siente á mí en ella también mi propio hijo!

—!Dios sólo conoce nuestro porvenir, hijo mío! ¡Quién sabe! El caso no es igual, porque tú te has opuesto á traerme, y yo le traje por mi propia voluntad.

—El anciano miró tristemente al Cielo; pero Dios le sonrió en él, porque acogía en aquel momento todas sus angustias, y le otorgaba por fin su perdón. Cuando se disponía á marchar resueltamente hacia el Hospicio, su hijo le detuvo, cogiéndole bruscamente por un brazo:

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—¡No! ¡Nunca! ¡A casa, padre mío, á casa! ¡Yo sabré tener valor para resistir en esto la voluntad perversa de mi mujer; y en último resultado, pediré para V. una limosna. Y no es que tema ser el tercero de la familia que se siente en la piedra fatal! ¡Dios lo sabe! ¡Es que Él mismo, en su infinita bondad y justicia, me tocó al corazón!

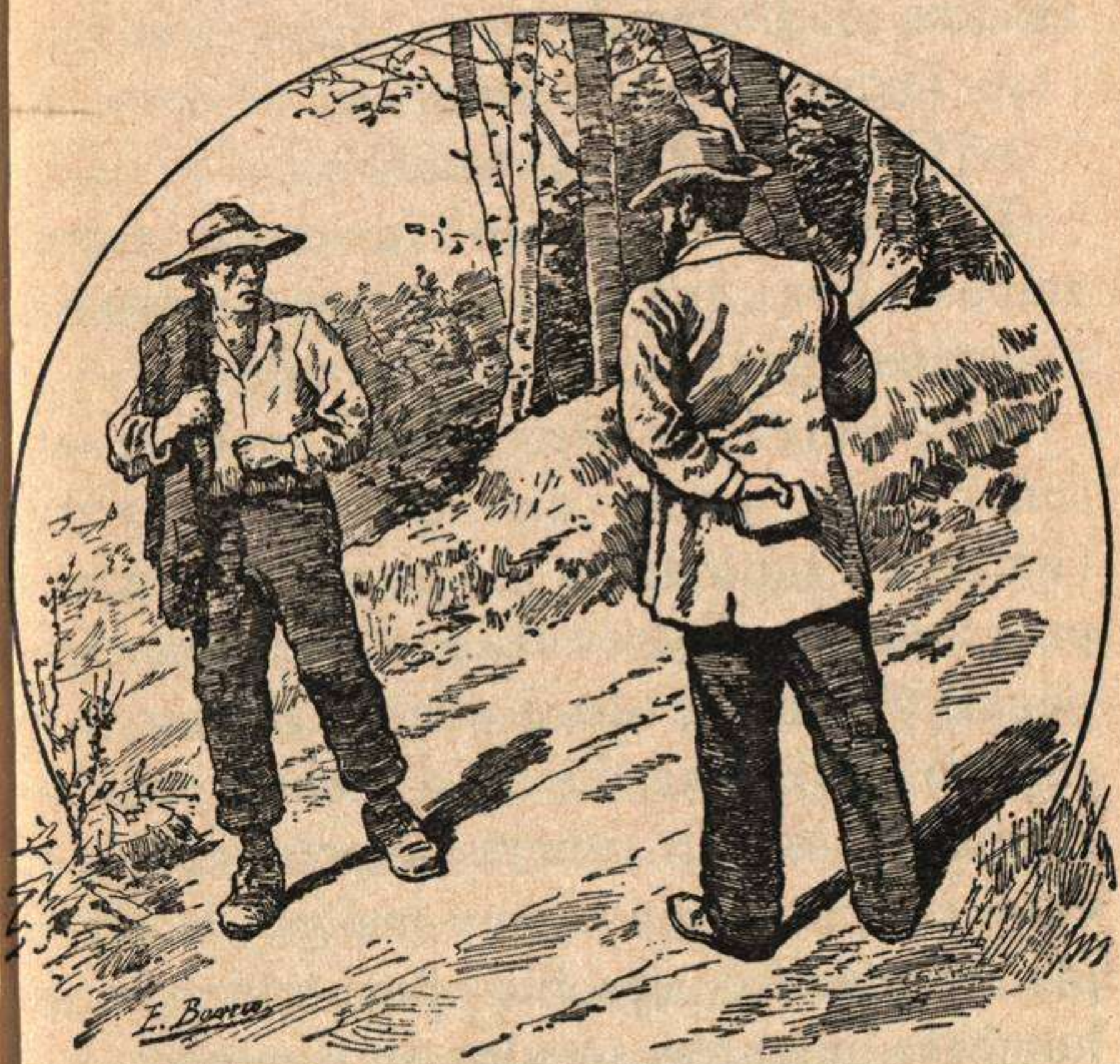
LOS JUICIOS TEMERARIOS

En su camino se encontraron un día pobre labriego y rico señorón. Ambos llevaban el semblante triste, malhumorado, sombrío, y con razón justísima; que á cada cual le ahogaba pena grande:

Habíale tocado la suerte al hijo único del primero, muchacho buenísimo que era el sostén de la familia, y al día siguiente

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

marcharía á ser soldado, dejando en el mayor desconsuelo á todos; y he aquí por lo que el pobre hombre iba tan preocupado y sombrío. En cuanto al señorón, aún



llevaba en la mano una carta acabada de recibir en que se le anunciaba la última calaverada de su hijo, oficial de un regimiento; había perdido dos mil duros al

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

juego, y esto llovía sobre mojado; que apenas pasaba un mes el pobre padre sin recibir tristes nuevas de la perversa conducta de su hijo. ¡Suficiente causa para su aspecto meditabundo!

—¡Dios le guarde, señor!—

—¡Con él anda, hermano!—

Tal caritativo saludo se cruzó entre ambos. ¡Pero qué pensamientos tan distintos agitaron sus almas al mirarse!

No se habían visto nunca, porque el señor hacía pocos días que habitaba la comarca. El momento era para ambos fatal, preocupados como estaban, por sus grandes penas; y como al rostro suelen asomar los secretos del alma de muy distinto modo reflejados, según temperamento, educación, etc., juzgáronse muy mal por la simple apariencia aquellos dos buenísimos hombres, mientras seguían su camino.

—¡Cuidado con la cara avinagrada que lleva ese señorón! ¿Quién será? !Nunca le ví por el país! ¡Cómo desprecia á los pobres porque lleva soberbio traje y nos-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

otros vieja chaqueta raída! ¡Buenos perros! De seguro que les quiere y ampara más que á sus hermanos pobres como yo. Con la mitad del dinero que gaste en sus podencos y galgos, seguramente que podría yo comprar un sustituto para mi hijo del alma. ¡Y cuidado que estaría mejor empleado! Detesto á estas gentes ricas, tan tiesas y avinagradas.

Y el señor, por su parte, abandonando momentáneamente su preocupación grave, pensaba:

—¡Vaya un sujeto! ¡Dios me libre de tropezar con él una noche en el bosque yendo solo! ¡Qué aspecto tan fiero! ¡Bien se retrata en su cara la envidia! ¡Pero cómo han cambiado los tiempos, Señor! En los de mi buen padre, que en la gloria me espere, cuando yo pequeñuelo retozaba juguetón por estos sitios, los campesinos eran muy distintos. ¡Qué aspecto tan simpático y humilde!... Hoy, con las malditas ideas dinamiteras, parece como que le desafían á uno al mirarle; pensando que

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

nos alimentamos y divertimos á costa de su trabajo honrado. ¡Quién me había de decir entonces que en la tierra de mis mayores había de encontrar caras patibularias como la de este hombre! En los cincuenta años que falté de aquí, ni aún la tierra que piso conozco.—

Con tales pensamientos, llegaron ambos á sus respectivas viviendas; la del ricacho, señorial castillo mal conservado por abandono, ya que pasó de moda para los nobles el vivir en la soledad de los campos; la del pobre, mísera choza construída al amparo de gran árbol.

Aún no había llegado á ella el labriego, cuando su mujer le grita y luego le abraza tiernamente.

—Regocíjate. ¡Ya no se marchará al servicio nuestro pobre hijo! ¡Dios bondadoso nos lo conserva! Acabo de recibir la visita de un señor á quien no conozco; me ha dicho que venía de parte del Marqués, dueño del término, á decirnos que habiendo llegado á visitar sus heredades y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

teniendo noticias de nuestra buena conducta y desgracia, quería salvarle. Que te espera mañana en el castillo.—

—¡Ese es un buen sujeto y no el cernícalo á quien encontré allá arriba! ¡Bendita sea la hora en que el caritativo marqués vino á visitar sus heredades! ¡Qué dichosos nos hace! ¡Conque ya no nos separaremos... ¡Dios le bendiga; Dios le bendiga' ¡No sería capaz de tal acción el finchado aquél, seguramente!—

—¿Pero de quién hablas?

Contó el buen hombre á su mujer el encuentro; y ella, más caritativa y mejor dispuesta siempre en consecuencia á pensar bien (máxime en aquellos momentos de felicidad), díjole que no juzgara á nadie temerariamente; que aquel hombre de quien tan mal pensaba podía ser muy bien la misma bondad; que no diera cabida en su cabeza á malos pensamientos, ni en su corazón á malos deseos, sólo porque no le fuera simpática una persona la primera vez: que pensara, en fin, cómo del propio modo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

podía ser él juzgado, cosa que no le gustaría; que el juzgar por apariencias solía dar malos resultados. A todo lo cual, ni una sola palabra replicó el marido, porque vió que eran razonables consejos, y porque su felicidad era muy grande.

Al día siguiente, provisto de huevos frescos, única riqueza de que disponía, encaminóse el labriego al castillo, adonde jamás había penetrado. Se le hizo esperar en gran antesala, cuyas paredes adornaban buen número de cuadros, representando caballeros y damas con hermosos trajes...; galería de retratos de familia del señor Marqués... ¡Cosa extraña': El labriego, sin poder fijar las ideas, encontraba en todos ellos cierto aire, cierto parecido con alguien que él había visto...; y sin embargo, ni al actual Marqués ni á su padre y familia conocía...

Por fin se presentó el señor y al mirarse ambos, el labriego dió un grito de sorpresa, el Marqués un paso atrás. De rodillas el pobre, dijo humilde y conmovido:—

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Señor: ¿Es usted quien tanto bien pretende hacerme librando á mi hijo del servicio de las armas?

—Sí; yo soy: Levántese; he aquí mi mano de amigo. Quiero

hacerle este pequeño favor. Dios me dió mayor fortuna que á otros para que en parte la emplee en favorecer á mis hermanos desgraciados. Me cuentan que es V. el más honrado padre de familia y el más

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

pobre de la comarca; que su hijo es muy bueno también, y el amparo de su familia. Quiero, pues, libertarle, conservarle á su lado.—

—Es que... ¡señor Marqués, yo soy indigno de ello!... ¡He tenido muy malos pensamientos hacia V., cuando le encontré en el camino ayer. Venía preocupado con mi desgracia, y juzgué á V. mal, muy mal! —Y le refirió cuanto había murmurado, y le pidió mil perdones, ya que estaba afrentado y arrepentido de haberlo hecho.

—No quiero ser menos franco, amigo: Yo también lo juzgué mal; su semblante, reflejando la justísima pena grande de su alma, asustaba enteramente. Pero este noble agradecimiento que me muestra, y más que nada esta noble confesión, le hacen simpático por extremo. No se hable más. Su hijo está libre, y además le emplearé con buen destino á mi lado, para que nunca falte el pan á tan honrada familia, para recompensar vuestra virtud.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

EL CABALLO ROBADO

A un labrador, en los momentos en que más necesidad tenía de él para sus faenas, le fué robado de noche buen caballo; y cierto que no parecía por ningún sitio, y no pudiendo conseguir que le alquilaran uno porque todos los del pueblo necesitaban los suyos con la propia urgencia, se decidió y marchó á la feria de pueblo próximo con objeto de comprar otro.

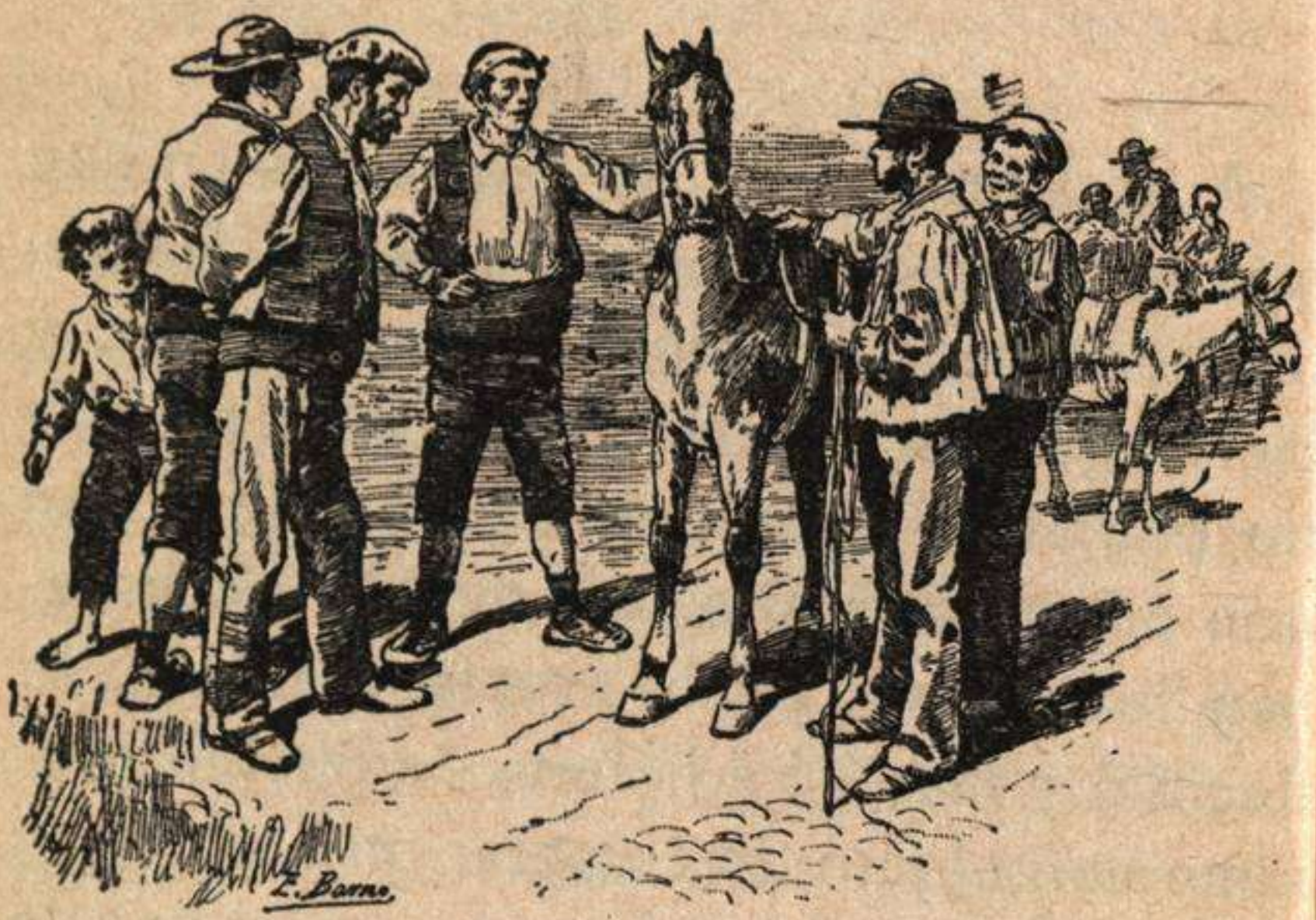
Estando en el ferial, reconoce el que le fué robado entre los expuestos á la venta; y con disimulo se asegura bien de que no estaba engañado en su creencia. Luego, con ademán brusco, toma de las riendas al animal y dice á gritos para ser bien oído:

—¡Este caballo es mío! ¡El mismo que me robaron anteayer!—

—Usted se ha engañado, amigo.—Le

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

dice políticamente el vendedor.—Mal podría ser de V., cuando le crié yo mismo. Podría ser muy bien que su caballo tenga semejanza con éste; pero le aseguro que



jamás el animal que sujetáis salió de mi poder.—

Las palabras cambiadas interesaron á la concurrencia. Y esta declaración enérgica y tranquila del vendedor puso en principios de confusión al labriego. Sin embargo, repuesto en el instante, precipitadamente tapó con sus manos los ojos al caballo, y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

dirigiéndose á cuantos le rodeaban, dijo sereno:

—Que el caballo es mío, lo probaré: Puesto que este hombre asegura que lo crió él mismo, debe saber á punto fijo los defectos de que adolece; y yo le invito á que manifieste en cuál de los dos ojos tiene una nube.—

El ladrón no había tenido aún tiempo de examinar al detalle el animal, y confundido ante pregunta tan inesperada, no tuvo más remedio que entregarse á la casualidad, ya que el no responder nada fuera objeto de sospecha; y así, dijo sin titubear y con arrogante insolencia:

—¡En el izquierdo!—

—¡No por cierto, amigo!

—¡En verdad que me confundí al hablar! ¡La tiene en el derecho!

—Señores—dijo entonces el labrador con voz clara y sostenida:—Séanme todos testigos de que este hombre es un bribón consumado. Vean ustedes; analicen y se convencerán de que mi caballo tiene la

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

vista clara, sin nube alguna, ni en el ojo derecho ni en el izquierdo.

Confundido por completo el miserable ladrón se dió á la huída, mientras las gentes vitoreaban al astuto labrador, persiguiendo algunos al rufián malvado.

TERNURA FILIAL

El señor cura de cierto pueblo, caritativo por extremo, hizo ir á su casa en día de invierno á tres pequeños, hijos de muy pobres vecinos, con objeto de que les tomaran medidas para vestirles. Y mientras, como llegaron tiritando, hizo que se calentaran bien á la lumbre; y aún les obsequió con pan y carne cocida.

Los dos mayorcitos devoraron pronto su ración; pero el más pequeñuelo se miraba á la mano en donde depositó la suya, con

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

aire muy complacido; pero ni siquiera mostró deseos de probarlo.

—Vamos, hijo mío; ¿por qué no comes tú?

—Es para mi *mama*, que *etá enfema*.

—No, hijo; cóme-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

telo, pobrecito, que yo mandaré á tu madre lo que necesite.

—¡No; no lo como!... ¡Le hace *fata* á mi *mama*, que *etá enfema!*

Y se llenaron sus ojillos de lágrimas, mirando la carne. ¡El sacrificio era grande, porque el estómago avaricioso y necesitado le estaba dando voces para que obedeciera al señor cura!

—Vamos, queridito; obedéceme. Cómete eso, que nada faltará á tu madre; te lo prometo. ¡Come! ¿No tienes hambre?

—Sí que la *teno*, pero no como..., *¡pa* ella, *pa* ella!

—Pues bien; toma más carne y más pan, y se lo llevarás de mi parte; pero lo que te di antes, para ti.

—Entonces, me como todo el pan; y la *cane pa* ella; que dice el médico que *pa ponese* buena tiene que *comé* mucha *cane*.

—¡Angelito! ¡Vamos, vamos allá, querido! Quiero remediarla en su necesidad ahora mismo, premiando tu buen corazón!

Y lo hizo como lo dijo el buen señor

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

cura, encargándose desde aquel día de educar y cuidar á tan buen hijo.

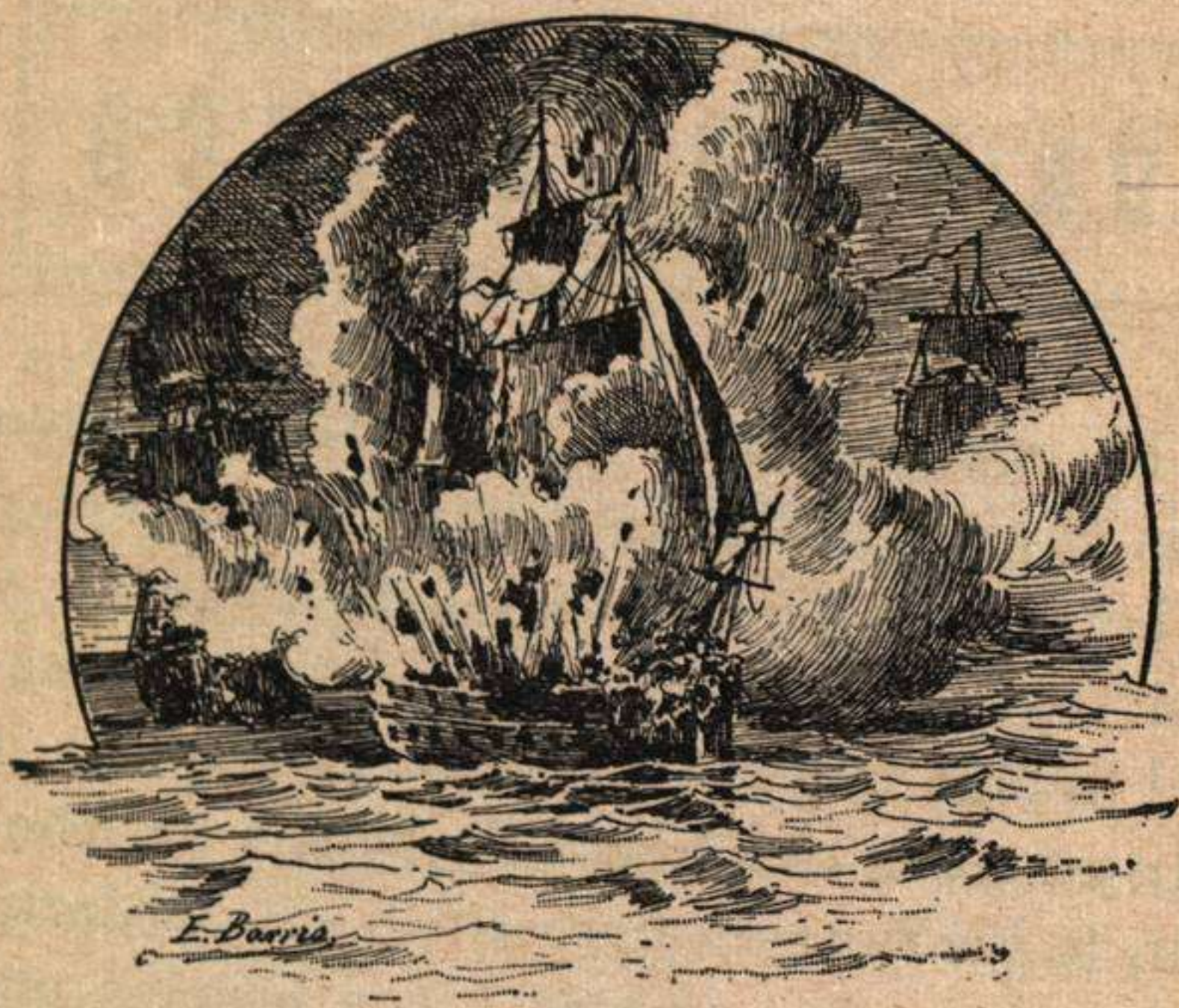
UN NIÑO HEROICO

El contralmirante Casablanca embarcó con él (en calidad de alumno de marina y á bordo de *El Oriente)* á su pequeño y valeroso hijo, de trece años. La batalla naval librada entonces, que se conoce en la Historia con el nombre de batalla de Abukir, le fué funesta; pero antes de perderla, el viejo marino admiró á sus propios oficiales, tan acostumbrados á su indomable valor y sangre fría. En lo más recio de la pelea, y cuando el triunfo podía consirarse asegurado, *El Oriente* es presa de fuego horrible, imposible de apagar. Abandónanse en un instante las baterías, y el niño queda solo en el puente.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—¡Padre, padre mío!,— grita viendo abandonada la cubierta. —¿Puedo dejar mi puesto sin deshonor?

Y como pensara que su padre le oía,



sereno aguardó la respuesta hasta que un viejo marino corrió á su lado diciéndole:

—Su *padre* está herido mortalmente, y le ordena salvar la vida, rindiéndose en el instante al enemigo.

—¡Cómo! ¿sin verle? ¡Eso no lo hará nunca el hijo de mi padre!

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Y como una exhalación bajó al camarote, le abrazó tiernamente y dió órdenes para que se rindiera la tripulación antes de que el fuego lo hiciera todo inútil, advirtiendo al jefe de la escuadra enemiga que su padre y él sabrían morir, pero no entregarse. Juró no abandonar al padre moribundo, conservar el honor del puesto en que le sustituía, y ni súplicas ni amenazas ni violencias le persuadieron en contra.

—¡Padre!, el honor y el amor me obligan á morir aquí, abrazado á tu cuerpo; y moriré sin pena, con resignación cristiana, con tranquilidad de conciencia.

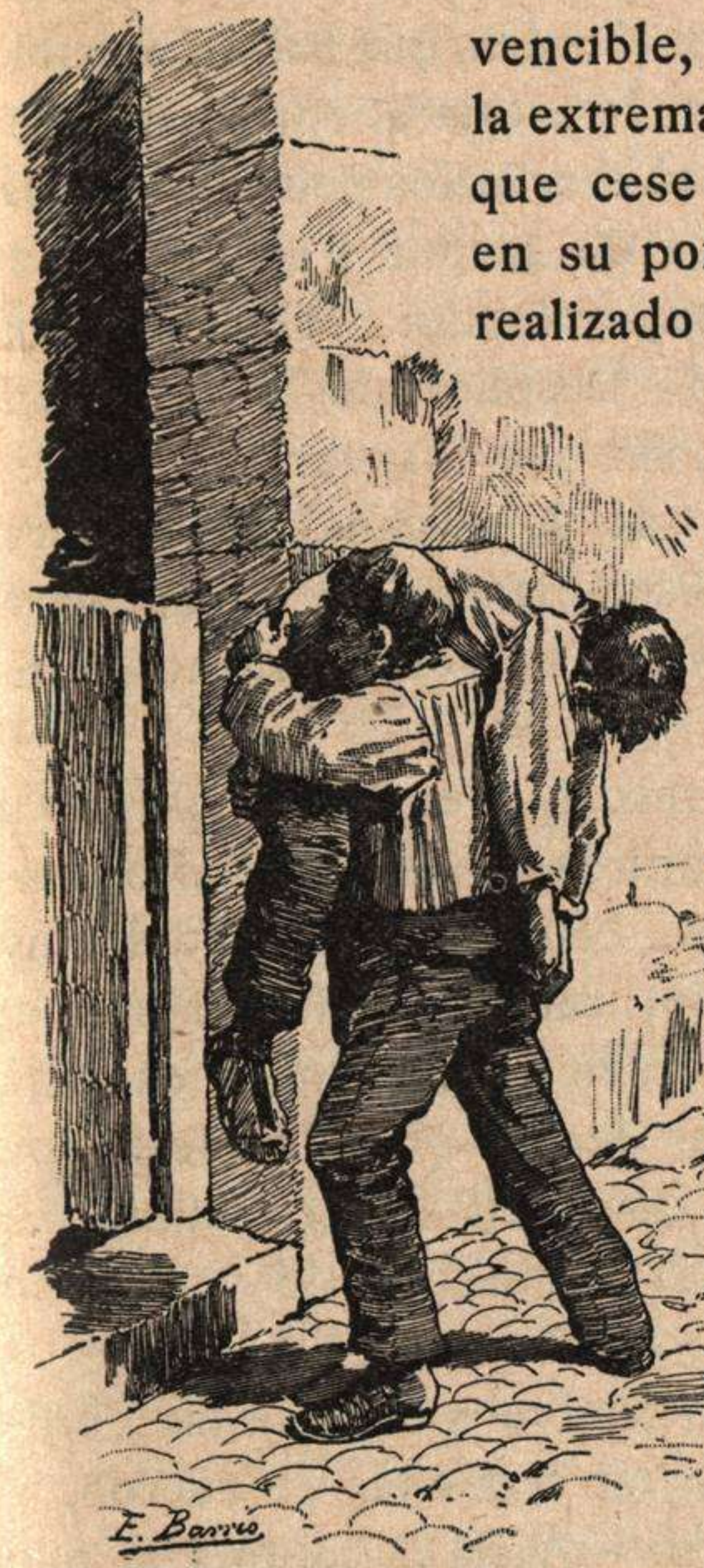
Pocos minutos después el fuego se comunicó á la *Santa Bárbara*, y el barco voló en mil pedazos. ¡Dichosos los que mueren en el cumplimiento del deber!

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

LA TERQUEDAD DEL BORRACHO

Dos amigos de taberna, Víctor y Pedro, volvían de ella cariñosamente cogidos del brazo. Veníales estrecha la ancha calle, pues el vino bebido les hacía describir grandes eses al andar tropezando á cada paso. Aunque ambos *beodos*, más sereno y dueño de sí mismo Víctor, no había llegado al abatimiento, al aplanamiento estúpido en que su compañero se encontraba; por eso á cada momento empujaba al camarada, lo levantaba y excitaba á caminar; hasta que sobre un montón de basura se dejó caer, y muy blanda le hubo de parecer la cama improvisada: que ni súplicas ni tirones le arrancaban de ella. Víctor se excitaba por miedo á la policía, por falta de gusto para pasar la noche acompañándole, y por sobra de terquedad para llevarlo hasta su casa: que cuando la *mona* obliga, mués-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid



trase la voluntad invencible, tenaz hasta la extrema pesadez, sin que cese el borracho en su porfía hasta ver realizado el empeño, ó hasta rendirse el espíritu á la fatiga.

Viendo que con palabras y con empujones nada conseguía, cargó á cuestas con el compañero; y tropezan-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

do y cayendo le condujo á casa, en la cual sabía muy bien el cuarto que habitaba; subió trabajosamente la escalera, entró en la habitación, separó dos malos pedazos de tela, puestos á guisa de cortina y tras ellas depositó su carga, diciendo: ¡Duerme bien, amigo Pedro! – Después de lo cual bajó canturreando, sin que los vecinos se alarmaran á pesar de lo avanzado de la hora: que á ruidos semejantes les tenían acostumbrados los dos amigos, borrachones incorregibles.

Pero es el caso que en la calle, junto á la puerta, encontróse Víctor á Pedro, tendido á la larga... Nada extrañado del muy extraño suceso, cargó de nuevo con el amigo, y de nuevo echó á andar escalera arriba, mientras decía:—¡Cuidado que soy zopenco! ¡Yo que creía haberle subido!... ¡Lo que tiene la bebida Se le van á uno las ideas.... –

Sube, entra, vuelve á separar las cortinas y á depositar tras ellas el cuerpo, y satisfecho, dice:—¡Ajajá .., ¡Ahora sí que

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

concluí mi negocio!—Y bajó la escalera ya con menos bríos que la vez primera, y ya con más desaliento vió de nuevo el cuerpo de Pedro en el mismo sitio de la calle; pero nada sorprendido, con la mayor calma, después de intentar cargarle otra vez y desistir luego del propósito, porque sus fuerzas estaban á punto de agotarse, dijo:—¡Vaya una terquedad en no querer pasar la noche en su cuarto, ni aún en su casa! Anda y duerme la *mona* ahí; que yo no tengo tan mal gus... gusto, y me voy á mi ca... sita. -

¡Cuánto traspiés, cuánto tumbo dió Víc- al fin para llegar allá!...

A la mañana siguiente, antes de irse al trabajo, fué á buscar al compañero Pedro, para marchar juntos; y por el camino recordó como un sueño aquel subir y bajar el cuerpo del compadre. ¡Qué noticia le aguardaba! Pedro había sido recogido cadáver. Èl creía colocarlo en la cama, tras las cortinas del lecho, y lo colocó siempre en el espacio, tras de las de la ventana...

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Desesperado Víctor, y arrepentido de su grave barbarie, perdió la afición al vino. ¡Cuán tarde aguardó para ello!

LA BOLSA PERDIDA

Un pequeñuelo, mal trajeado, andaba por el bosque próximo, adonde su casa se hallaba, (modesta choza de honrados carboneros), y se lamentaba amargamente llorando y gritando, rezando en voz alta de vez en cuando.

Cierto señor, acompañado de otro al parecer criado, y ambos en traje de caza, pasaron junto á él. Compadecido el primero, acercósele.

—¿Por qué lloras de ese modo, querido? ¿Qué te ocurre?

—He perdido una bolsa con dinero que me dió mi padre para entregarlo al médico

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

del pueblo; porque mi madre estuvo enferma mucho tiempo, y el padre ha ido ahorrando para pagarle.—

—¡Pobre!... ¿Y si no la encuentras?...

—Pegarme no me pegarían. Pero cuán-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

do mi padre podrá ahorrar otra vez tantos cuartos?... Rezo, porque Dios no querrá que deje de encontrarla. Siempre que le pido algo, me lo concede.

Se hablaron ambos cazadores al oído; y después, sacando el criado hermosa bolsa de seda encarnada que mostraba por entre sus calados varias monedas de oro, dijo el señor tomándosela en sus manos y alargándola al pequeñuelo:

—Dios te ha oído, hijo mío. Toma tu bolsa que acabamos de encontrar nosotros.—

—¡No'... ¡No la tomaré, señor, porque esta no es mi bolsa! La mía es de lana, y las monedas que tiene dentro no son tantas, ni de oro como éstas. Esta bolsa podrá ser de algún señor como usted; no de unos pobretes como nosotros. -

—¡Vaya hombre! ¡Pues lo siento!... Sin embargo, toma ésta; pues me la encontré y no me hace falta.... Así pagarás al médico, y aún os quedará bastante dinero.

—Gracias, señor; pero no es mía, y mi

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

padre me dice siempre que no tome lo ajeno, sin la voluntad del dueño.—

—¡Pues á ver si esta otra bolsa es por casualidad la tuya! Me la encontré hace un rato allá abajo... —

—¡Ay!... Sí, señor; esta es. ¡Dios mío, qué contento estoy, y cuánto le agradezco el hallazgo, lo mismo que á tan buen señor que me la entrega!...

El caballero, emocionado por la escena, obligó al niño á que le condujera á su choza; y allí, en presencia de sus padres y después de haberles referido la buenísima conducta del hijo, le forzó á que tomara el bolsillo anteriormente ofrecido (que era muy suyo y que por probarle mandó sacar al criado) en premio á su confianza en Dios y á su honradez manifiesta.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

RASGO DE JUSTICIA

José II, emperador de Austria, paseaba de incógnito y á pie por las calles de Viena, cuando encontró en sitio retirado á una joven llorosa, con un lío debajo del brazo. Era su expresión tan acongojada, que hubo de llamarle la atención al monarca; y deteniéndola, la preguntó cuál era la causa de su dolor, qué penas la embargaban el ánimo, por si en algo se las pudiera remediar. Ella, tras vacilaciones y rodeos, le confesó al fin que su pobre madre, viuda con muchos hijos, perecía de hambre; y que iba á empeñar el único vestido bueno que la quedaba, para salir de apuros en dos ó tres días.—Ah, si mi padre viviese aún y nos viera así, señor!... ¡Él, que derramó tantas veces su sangre por la patria!... Era un bravo militar, al que todos pensaban se le recompensarían sus

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

servicios con esplendidez. Pero murió, y nada!...—

—El emperador no conocerá seguramente vuestra desgracia con esos antecedentes del buen padre que perdiste, joven: ¿Por qué no habéis presentado un memorial, por medio de persona que explicara vuestra situación triste?—

—Lo hicimos más de una vez, señor, pero inútilmente. ¡Siempre nos han dicho que nada pudieron conseguir de él.—

—¡Pues mintieron descaradamente, joven!

Yo conozco suficientemente al rey para

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

poder asegurar que de haber conocido vuestra situación, la habría remediado á estas fechas. ¡Ama demasiado la justicia para dejar en el infortunio á la viuda é hijos de un bravo militar! Apuntadme aquí el nombre de vuestro padre. Y mañana iréis á palacio con un memorial en que conste el hecho; que si es verdad cuanto me habéis dicho, yo haré que seáis recibida por el emperador y que se os haga justicia. Por de pronto, no es necesario que vendáis ó empeñéis ese vestido: Permitidme que os preste hasta mañana esa moneda.—

La joven, llena de alegría, no sabe en qué términos dar gracias á tan buen señor; y corre luego á su casa; entrega á su buena madre el vestido y la moneda, y relata cuanto la había pasado. Unos parientes que la escuchaban, al hacer ella la descripción del desconocido, reconocen en él al emperador; y avergonzada la joven de haberle hablado tan claro, se niega á ir á palacio al siguiente día; pero se la infunden ánimos, y al fin se decide.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

El emperador la recibe cariñosamente; y ella, fuertemente emocionada, sufre un desmayo; al volver del cual, la dijo el emperador afectuosamente:

—Tomad, señorita, y perdonad si por la mala fe de aquellos de quienes para llegar á mí os servísteis, habeis padecido tanto tiempo. Con el mayor placer hago justicia al entregaros este documento, que os asegura la existencia material. Hice examinar la hoja de servicios de vuestro buen padre valeroso, y todo se lo merecía. El rey os saluda con respeto, como á hija de un bravo militar, y os promete protección en todo para vuestra familia.—

EL OCTAVO HIJO

En pequeña casita de aldea pobre, con sus paredes cubiertas de trepadora vid, y tras la cual se extendía un bien cuidado

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

huertecillo, vivía honradísima familia. Una ancianita de expresiva y simpática fisonomía despachaba en la pequeña tienda, en que se vendían varios artículos de primera necesidad; era la dueña de la casa, cuyo esposo, rodeado de retozones nietezuelos, solía tomar el sol á la puerta. Y no pocos ratos acompañaba á uno y otro el sacerdote del pueblo, amable, joven, de naturaleza débil, de conversación amena y graciosa sonrisa. Escuchad la historia de aquellos seres:

Treinta años atrás, en el mismo sitio que ocupaba la casa, había entonces miserable choza habitada por el matrimonio y siete hijos que el Señor les diera, chiquitucos todos aún. En la mayor miseria, sin fuego en la cocina y sin pan en el arca, estaban el padre enfermo consolando á las criaturillas que sobre un montón de paja lloriqueaban buscando la postura más conveniente para calentarse más, y la madre esperando la llegada del *octavo hijo* que Dios les enviaba en su infinita misericordia.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Como nunca faltan compasivas gentes, una vecina que les visitaba envolvió á la nueva criaturilla (que por fin llegó) entre viejos trapos á falta de pañales, y corrió luego en busca

del señor cura para que acudiera con el agua de socorro y bautizarle, ya que á ella se le antojaba que el chicuelo venía al mundo sin señales de larga vida.

No tardó en llegar el párroco; y alargándoselo el padre, dijo con tristeza:

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—¡Tomad, señor, una nueva boca que nos envía el Cielo. ¡A qué mala hora llega! ¿Cómo le llamaremos? ¡Más le valiera no haber nacido, pues bien se estaba por allá sin penas, y aquí muy pronto las ha de padecer!

—¡Nunca debemos murmurar de la Providencia divina! ¿Quién sabe lo que este ángel ha de ser acá, en la tierra? ¡Tú crees que lo envía inútilmente Aquél para quien la yerba más mísera tiene su historia, su papel interesante que cumplir! ¡Le pondremos *Deodato*, ya que Dios te lo da para consolaros, y quién sabe si por apoyo en vuestra vejez! ¡Nunca viene un ser al mundo que no traiga consuelo á otros seres! Por de pronto, mira á la puerta, y advierte que ya te ha traído beneficios, cuando apenas llegó á la luz del día.

En efecto: una mujer entró cargada con gran cesta llena de provisiones, que colocó sobre la mesita, marchándose para volver de nuevo con leña y pañales. Puso lumbre, envolvió al niño á quien bautizó el cura, y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

le llevó luego á los brazos de su madre que lo esperaba llorando de gozo.

—¡Ah, señor cura! ¡Cuánto os debemos! ¡Os damos un millón de gracias por todo!

—No, hijos míos; al buen Dios que no desampara á nadie. Esta mañana mandé á mi criada que pidiera para vosotros por el pueblo, y Dios hace que los corazones se enternezcan para socorrer á un padre honrado, enfermo y sin trabajo, con ocho hijos. ¡Quién sabe, quién sabe!... Este niño, nacido en tan mal momento, puede ser muy bien vuestra felicidad; y casi me atrevo á aseguraros que lo será. Y acercándose luego á los pequeñuelos, les decía:—Comed, comed, hijos míos, lo que os envía vuestro hermanito *Deodato*.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Fué pasando el tiempo, y cada vez se acentuaba más la extrema palidez y debilidad del niño, á quien se amaba y respetaba en familia; pues desde que él les visitó, la bendición del Cielo había descendido sobre ellos. Todos se interesaban en la aldea, y aún en otras próximas, por él; todo cuanto bien podían hacer las pobres gentes, venía á recaer en sus padres; y antes faltaba el trabajo para todo otro obrero que para aquel pobre hombre agradecido; diciendo impulsados por la caridad:—Tienen los pobres ocho hijos, y hay que ayudarles.—

Ellos, por su parte, se hacían acreedores á todo, por su honradez, laboriosidad y buenos sentimientos.

—¡Qué pena dá verle crecer así, tan débil! ¡Él es quien vale por todos nosotros juntos! ¡Sabio fué el señor cura al decirnos lo que iba á suceder por su venida al mundo! ¡Deodato! ¡Deodato! ¡Bien puesto tienes tal nombre!—

Ocurrió que una señora de pueblo inme-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

diato, muy rica y buena, queriendo educar convenientemente á su hijo, pensó darle hermano espiritual en algún muchacho de

familia pobre y numerosa que con él viviera y aprendiera siempre. La fama del pequeño *Deodato* hizo que la buena señora patrocinara al mayorcito de los hermanos, con el objeto dicho; y esta circunstancia vino á aumentar el bienestar de la familia

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

honrada, pues el pequeño se portaba bien y la señora solía mandar de vez en cuando obsequios á sus padres, y hasta mandó con el tiempo construirles la casita blanca que aún hoy les sirve de abrigo.

Pero el pequeñuelo no se robustecía, y esta era la eterna preocupación de sus padres. El señor cura les consolaba á cada instante.

—Si muere, será un ángel más, y desde allá arriba os protegerá más aún que desde aquí abajo. ¡Tenemos necesidad de protectores en el Cielo!... Pero, aún con eso, serenaos; porque yo no creo que muera tan jóven.—

—¡Si apenas pesa! ¡Si no come! ¡Si no duerme! —

—Sí, pero Dios misericordioso sabe bien lo que hace.—

—¡Nunca podrá manejar el pico ni mover el carretón, señor cura!—

—¡Vaya! ¿Pues qué? ¿Sólo así se puede ganar el pan de cada día? Le pondremos á otro oficio útil, menos violento que el

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tuyo. Dejad, dejad que la Providencia nos guíe! —

– Sí, sí; que este hijo es nuestra bendición.—

Deodato, siempre alegre, cariñoso, amable, listo por extremo, aprendía cuanto se le enseñaba, encargándose el señor cura de su educación. Los domingos por la tarde, cuando la familia estaba reunida, les leía la vida de los santos y algunas otras cosas útiles y buenas. Y así aleccionado por el señor cura á quien cada vez quería más, su inteligencia, su razón, su conciencia, se desarrollaban más y más, al extremo de guiarse todos los de la casa por sus saludables consejos; pues por otra parte, creciendo los ocho hijos en el santo temor de Dios y en la caridad cristiana, todos se amaban entre sí, y amaban también á sus padres.

La pobreza hace ingeniosas á las gentes, cuando hay en ellas buenos principios de educación; razón por la cual, desde bien temprano sirvieron todos los hijos para algo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

útil, se supieron en breve ganar el pan, empleándose para ello en muy diversas cosas. Esto hizo que los ingresos aumentaran y excedieran á los gastos, y que se viviera con holgura, diciendo todos ellos: «¡Qué desgraciados seríamos si nos faltara Deodato! ¡A él debemos todo, después de Dios!» —Porque el padre, más de una vez les contó la historia de su nacimiento.

Ahora es cuando más bendicen los buenos padres á Deodato.

Se ha hecho sacerdote (un gran sacerdote), y como sus hermanos han ido colocándose, los viejecitos quedaron solos... El jovenzuelo ha dicho por eso al Sr. Obispo: «Señor, mientras mis padres me vivan, permitid que no admita cargo alguno. Quiero, trabajando á su lado, vivir acompañándoles. ¡Y poco es hacer para unos padres tan buenísimos!...»

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

LA LLUVIA

Un comerciante volvía de la feria, montado en arrogante caballo, y á la grupa traía su maleta bien llena de dinero. Llovía á cántaros aquella tarde, y calado hasta la camisa, venía el hombre para pocas bromas, con endiablado humor. Como el natural egoísmo no nos deja discurrir á veces, murmuraba á cada paso de Dios porque le impedía así llegar á su casa en buenas condiciones.

Al pasar por espeso monte, distinguió entre los matorrales á un hombre de malísimo aspecto que le apuntaba con un trabuco; sin duda sabía que llevaba dinero, é intentaba robarle; pero el tiro le falló y se oyó gritar, mientras cargaba de nuevo y el comerciante picando espuelas salía de allí á galope: —¡Maldita lluvia! Ella me ha mo-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

jado la pólvora, y por ella pierdo la ocasión de hacerme rico'—

En efecto: nuestro comerciante pudo refugiarse en caserío próximo. Y mientras descansaba púsose delante de un crucifijo, y dijo en presencia de todos:—¡Perdóname, Dios mío! ¡Murmuré de tí injustamente! ¿Qué sabe el hombre lo que pide ni aún lo que desea? Si el tiempo hubiera sido seco y bueno, ya estaría yo en el otro mundo, y en vano mujer é hijos me esperarían impacientes. La lluvia, el mal tiempo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

que me hicieron murmurar, me han salvado la vida. Todo cuanto de Dios viene, nos beneficia. ¡Bendita tu Providencia, Dios mío!

LOS REGALOS

Regresando de paseo, vió María encima de la mesita de su cuarto un canastillo lleno de hermosos racimos de uvas, con tarjeta encima, que decía:—Para que las comas en nombre de tu buena amiga «Carolina».—

—¡Ah, mamá, cuán buena y amable es Carolina conmigo, verdad? ¡Qué atenciones! ¡Qué delicadezas! ¡A cada momento con regalos! Hoy va á sus viñedos, y me manda uvas. Cuando va á sus huertas, á sus pastorías, á todas partes, nunca se la olvida el regalo para mí. ¡Cuánto me ale-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

gro de que sea tan dadivosa y cumplida! ¡Qué uvas tan excelentes, y qué ricas han de saberme! ¡Si yo supiese en qué darla gusto, á todas horas la complacería; y poco hiciera aún para mostrarla mi gratitud eterna. Voy al momento á escribir para darla

gracias por este último obsequio! ¡En seguida, en seguida'...—

—Muchísimo me place, hija mía, que te muestres tan agradecida con Carolina, que la escribas, que la correspondas, que la demuestres tu complacencia; porque es vil el alma del ingrato. Pero se me ocurre

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

ahora un pensamiento que me aflige sobre manera: desde el día en que cogiste los primeros frutos del jardín hasta el presente, ¡cuánta pera, cuánta manzana, cuánto melocotón, fresa, uvas, sandías, etc., hemos subido á casa! Muchas veces has dicho: «¡Qué riquísimo, madre!... ¡Qué sazonada está la fruta este año! ¡Ya nos la pagarían bien si se vendiera! ¡Ni más ni menos que lo que en las fruterías se ve por ahí!» Pero con dolor grande reparé en que nunca se te ocurrió decir: «Demos gracias á Dios, que tan buena fruta nos ha dado.» Pues qué, hija mía, ¿el fruto de cada árbol, no es un regalo de la infinita bondad del Señor? No debemos reconocer, al disfrutarlos, cuán amable es con nosotros, y estarle muy agradecido toda vez que nos proporciona tantas satisfacciones? Yo pienso que, habiéndote hecho reparar en esto cada día, desde hoy te veré darle expresivas gracias, mas fervientes aún que las que piensas dar á tu buena amiga—que bien las merece—por los muchos dones que á

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

cada paso nos ofrece: ¿Verdad que lo harás así, hijita? Hadlo, porque si para las criaturas el desagradecimiento es maldad digna de desprecio eterno, para Dios es crimen horrible.

LA CARIDAD RECOMPENSADA

Doña Leonor, joven viuda, riquísima, con hija única de cinco años, se vió combatida por desgracia horrible: la pérdida de esta niñita amada.

¡Pobre madre! ¡Ningún consuelo había para ella! ¡Triste es tener muchos hijos cuando no hay qué darles de comer, pero también causa amargura inmensa abundar en riquezas y perder al hijo único!

Un consuelo no más la quedó á la pobre señora: ir cada día al cementerio, y pasarse horas enteras ante la tumba del ángel que á mejor vida marchó de su lado.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Una vez, pasando junto á la fosa ó sepultura común de los pobres (de los que no tienen dinero para pagar un enterramiento particular), vió á cierta anciana con una niña de la

mano, niña de la propia edad que la que ella perdió! Estaban ambas arrodilladas, rezaban devotas en alta voz. Doña Leonor, conmovida ante cuadro tan sencillo como tierno, se detuvo y esperó á que el rezo acabara. Luego se acercó á ellas, acarició á

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

la pequeña, y preguntó á la anciana, que la dijo:

—Señora: Murió la madre de esta niña, mi buena vecina, hace dos meses; sin duda alguna, de pena por su marido, que no hace mucho lo enterraron aquí mismo. Aunque yo no tengo quien me lo gane, sinó estas manos temblonas, ¿cómo iba á consentir que la pobrecita quedara abandonada? La recogí, y con ella parto mi escaso pan. Me han hablado de un asilo, pero no; mientras yo pueda, tendré recogida á la nena. ¡Sólo siento que mi edad es mucha, y que no sé lo que será cuando yo muera, de mi pobrecita Julia...—

—Julia dijo V.? ¿Se llama Julia?... Señora: Tuve una hija de la misma edad que ésta, del mismo nombre, y la perdí y con ella mis esperanzas. Dios no me quiere abandonar! Soy muy rica, y no tengo herederos forzosos. Si V. consiente en ello, adopto á esta niña en memoria de mi querida hija, con la condición de que V. ha de vivir con nosotras, para descansar ó

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

para ayudar á los quehaceres domésticos. Como V. quiera.—

¡Hé aquí cómo la buena anciana caritativa recibió en vida el premio á tan buena acción; pues aceptada la proposición, fué felíz con Julita y doña Leonor el resto de sus días!

JAIME EL DORMILÓN

He aquí un recuerdo de la vida de taller, que enseña mucho:

Hace poco más de un año—me decía un amigo—que ingresó en la fábrica de papeles pintados en donde trabajo yo, un guapo muchacho de diez y seis años, vigoroso, trabajador, llamado Jaime. Activo en la tarea, en el descanso se mostraba tristón, soñoliento, perezoso en sus ademanes; y de ahí vino el llamarle *dormilón*,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

sin que él por ello se mostrara ofendido.

De excelente corazón, amable con todos, dulce en el hablar, sin que jamás se le oyera una palabra grosera, sin que ninguna apariencia revelase en él malos pensamientos, era querido en general. Listo é ingenioso para todo, apenas veía hacer algo, cuando ya lo tenía aprendido. Razones que hacían exclamar frecuentemente al jefe de talleres:—¡Serás un buen oficial y se te subirá pronto el sueldo!—Y por la misma causa, su envidioso oficial no le quería bien, le miraba con desconfianza, y aún le trataba de mal modo con frases mortificantes.

Pero en Jaime todos veíamos algo grande, extraordinario, respetable, solemne, que no sabíamos explicarnos; y nadie de él se reía, y él admitía la burla con sonrisa de resignado y compasivo, dando siempre grandes pruebas de su buen corazón. Murió la mujer del referido oficial, dejando una criaturita recien venida al mundo. Era preciso enterrarla, y el viudo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

no quería que fuera á la fosa común; pero no tenía cuartos para remediarlo. Jaime le oyó explicarse en tal sentido, y dijo en el taller: «Debemos reunir entre todos lo ne-

cesario para comprar la sepultura. Sería de malos compañeros dejarle con su pena.» Y haciendo la *colecta*, sacó lo suficiente para enterrar á la madre, y aún para pagar á un ama que criase al niño.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

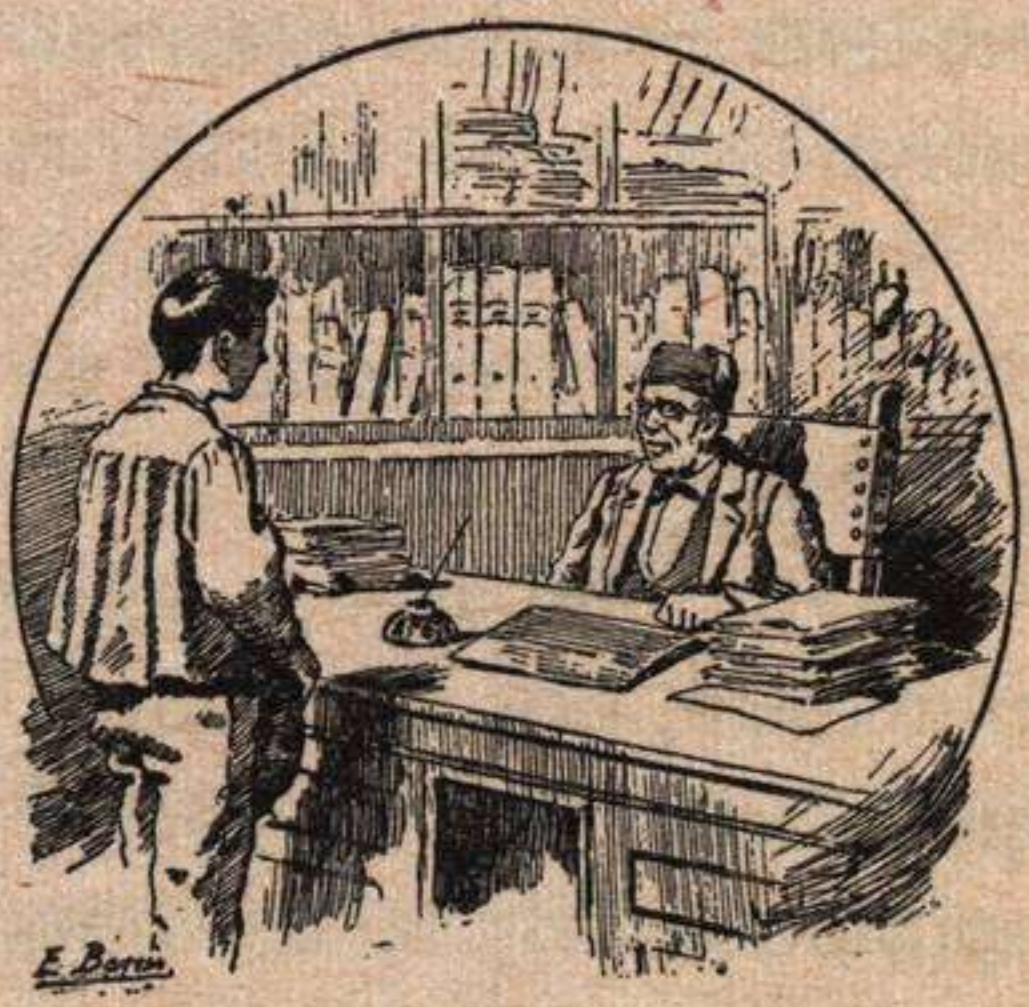
Esta acción generosa y otras por el estilo, hicieron que poco á poco Jaime fuera amado por todos, respetado en aquel aire de grandeza de alma que á todos infundía una extraña simpatía que no lograban desvanecer su carácter tristón, *ensimismado*, poco comunicativo, serio por demás á sus años.

Hace ya cinco ó seis meses que se empezó á observar un cambio grande en sus costumbres. Antes fué siempre exacto por las mañanas, llegaba al trabajo de los primeros, pero comenzó luego á venir tarde, unos minutos después de que todos estábamos ya en nuestra faena. Y por la noche se marchaba siempre corriendo, apenas dejábamos la tarea, sin esprar á nadie, como aquél que teme y huye.

Yo le amaba tiernamente, aunque nada le dije nunca; y un día que llegó un poco más tarde, aún le pregunté:—Qué haces, que vienes tan tarde esta temporada?—¡Yo!—contestó como sorprendido.—¡Sí, tú!—¡Pues quehaceres que tengo!—Co-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

nocí por su contestación que pensaba en algo, cuya revelación no le convenía, y callé. El último día del mes y del año, cuando se nos fué llamando al despacho del director para cobrar, ya sabíamos todos que la noche antes habían desaparecido de la mesa del mismo trescientas pesetas; que el ladrón no parecía, y que se había dado parte del hecho á las autoridades.



Cuando á mí me tocó el turno, el director me dijo: Acércate, Martín, y cierra la puerta; quiero que hablemos en secreto... Sabes muy bien que me han robado trescientas pesetas, y que la policía entiende en el asunto. Pero lo que acaso ignoras es sobre quien recaen las sospechas todas.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—No; no lo sé, señor.—

—Sobre tu compadre Jaime. Hace algún tiempo que anda trastornado en su asistencia al trabajo, y el inspector de policía, advertido de ello, quiere arrestarlo como sospechoso en este asunto; que también muestra grandes reservas en sus manifestaciones á los compañeros de taller.—

Y al decir estas frases, me miró fijamente como para sorprender en mí sensaciones y pensamientos.

—Sin embargo,—siguió—he impedido el arresto, por de pronto. No puedo creer que Jaime sea culpable. Tengo la mejor opinión de él; le creo hombre de bien, y honrado trabajador. –

—Oh, señor! ¡Estad seguro de ello, y en su nombre os doy las gracias!—dije en voz alta, vivamente emocionado. Pero como á las primeras palabras que el Jefe me había dicho de Jaime, cruzó una nube por mi alma, me sentía mal y ninguna seguridad tenía en la opinión que había emitido sobre mi compañero. La conciencia

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

me decía: «Defiéndele, es bueno;» y, sin embargo, algo había para condenarle en su conducta extraña; en fin, que veía oscuro el negocio, cuando hubiera querido aclararle.

—Martín, es menester que hables á Jaime. Díle de mi parte, que si ha tomado el dinero, venga á disculparse y devolvérmelo, y que esté seguro no lo sabrá nadie más que nosotros tres, perdonándole yo desde luego. Seguiré impidiendo que sea arrestado, condenado, deshonrado, le ayudaré, en fin, á reparar el mal que hizo, porque le quiero como tú. Tiene una madre anciana á quien sustenta, ¿no es cierto?

—Sí, señor.—

—Pues háblale de ella, de las penas que pasaría con su prisión, y se convencerá. Le tengo por buen hijo, y á tí por buen amigo. Cuento contigo. No hables de esto á nadie. Si Jaime hizo el mal, que tenga confianza en mí, que lo remedie y no se arrepentirá de ello. -

Sabía yo que aquel hombre decía la

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

verdad, porque no es posible encontrar mejor Jefe de taller que el nuestro. Así es, que decidido para hablar á Jaime, le seguí después del trabajo á una habitacioncilla á donde guardábamos los avíos durante el día. Tomó su chaqueta, se la puso, y al hacerlo, y cuando yo tras él le iba á decir: «Tengo que hablarte», unas cuantas monedas de oro le cayeron del bolsillo; y al verlas caer, la sangre se me heló en las venas. Jaime se bajó, las cogió y guardó, y al verme luego cerca de él, no pareció turbado, aunque sí contrariado. Quise aún hablarle, pero el corazón me latía con violencia y no pude más que pronunciar un *adiós* á su saludo cariñoso y tranquilo.

Salió y le seguí á distancia, recatándome siempre. En vez de tomar su habitual camino, siguió otro muy distinto, atravesando las calles principales y reparando mucho en los escaparates de algunas tiendas, como si afanoso buscara alguna cosa; y esto durante largo tiempo. Por fin entró

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

en un comercio, y al cabo de largo rato, salió de allí con gran bulto que ocultaba bajo la capa. Parecía muy satisfecho, y marchó desde entonces tan aprisa, que apenas le podía seguir. Atravesó calles y plazuelas hasta llegar á la en que vivía; marchaba al final más despacio y mirando receloso á todas partes, como si temiera ser observado. Al fin entró en su casa

de pobre y triste apariencia; atravesó el portalillo estrecho y obscuro, subió la empinada escalera sombría, y yo, dominado por mi intento de descubrirlo, advertirlo y salvarlo, y ahora también por curiosidad invencible (aunque confieso que era un acto feo), le seguí siempre ocultándome.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Llegó á su buhardilla, sacó la llave, abrió la puerta, penetró en el cuarto, cerró, y le sentí decir:—¡Aún no vino ella! ¡Qué suerte!

No oí más. Jaime podía salir de un momento á otro y sorprenderme allí; una escala de mano conducía al techo de la habitación y sentí pasos en la escalera, y no quise hacerme sospechoso; además, ¡tenía tal pasión por realizar mi intento! El acto era poco digno, pero el sentimiento me turbó la razón, y allá arriba fuí á esconderme. Unas pequeñas grietas me permitieron ver lo que por allá abajo pasaba.

Echado á la larga, observé que Jaime, con los brazos desnudos, los cabellos en desorden, á la claridad de una vela, tenía el rostro radiante de alegría, y contemplaba gozosísimo y como entusiasmado una pequeña estufa de bronce, lindamente construída, que variaba á cada momento de lugar para mirarla y remirarla á distancia. Sobre ella, en caracteres blancos, se veía escrito: «Tres Enero—Santa Genoveva.»

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Luego desenvolvió y colocó sobre la mesa dos ramos de lindas flores, en sus jarroncitos. Tomó algunos pedazos de leña seca, los metió en la chimenea, todo con rapidez asombrosa y mirando á la puerta á cada paso, como temiendo ser sorprendido en su faena; echó al fin sobre la leña las brasas que aún ardían en el fuego, y dos minutos después palmoteaba de contento, oyendo chisporrotear allí adentro la leña. Levantó los ojos al techo, cruzó las manos, y dijo fervoroso:—Gracias, Dios mío! ¡Me dejaste realizar mi sueño! ¡Pobre madrecita mía del alma!... —

Yo, temblando de emoción, de placer y de susto, por si fuera visto por Jaime, dije con entusiasmo para mis adentros:—¡No! ¡Tú no eres ladrón! ¡Bendito seas!...

Pasaron algunos instantes. Un ruido de pasos se sintió en la escalera, al fin; subían lentamente. Jaime abrió la puerta y una ancianita penetró en la estancia, sonriente.

—¡Madre, madre mía! Deseo á V. muy felíz día mañana! ¡Santa Genoveva! ¡Ella

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

pida al Señor para que me la conserve muchos años! Aquellas flores son de las que más gustan á V.; por eso las tenía encargadas para hoy. Y esta estufa... ¡Ah! Esta estufa es mi sueño dorado, porque no quería verla pasar otro invierno como los anteriores. ¡Al menos, que caliente la habitación para que tenga V. menos frío y se le hagan menos largos los días... ¡Cuánto he soñado con poderla comprar una estufa como ésta! ¡Al fin se realizó mi deseo! Y mientras así se expresaba, besaba mil veces las manos frías, temblonas, pálidas, descarnadas, de la anciana, acercándoselas á la estufa para que se calentara. Y ella lloraba de placer, diciendo: ¡Bendito, bendito seas, hijo mío! ¡Pocos hijos como tú hay en el mundo! ¿Pero de dónde has sacado tanto dinero? ¡Porque esto te habrá costado mucho!—

—¡Ah!... Al buen trabajador y al que tiene buenas ideas, nunca le falta dónde ganarlo. Hace mucho tiempo que pensaba en esto, madre, y para ello busqué en

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

todas partes trabajo que me produjera lo suficiente; hasta que hace dos meses, lo encontré; porque aunque dije á V. todo ese tiempo que salía tarde de la fábrica, no fué así; quise sorprenderla, y por eso oculté la verdad. ¡Nadie lo ha sabido! Pero lo cierto es, que se puso malo un farolero y me contrataron interinamente para sustituirle.

¡Mucho he sentido ir un poco tarde al trabajo, y salir precipitado de allí cada día, pero era preciso encender y apagar á tiempo los mecheros del gas. Así he podido proporcionarla alguna comodidad para el invierno frío, y estoy contento! Ade-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

más, como es negocio que lo puedo hacer sin faltar á mis deberes de la fábrica, pienso pedir permiso al Jefe, que me quiere bien, y continuaré con las dos cosas, madre mía, y así vivirá V. con más holgura; que el pobre á quien suplí en su tarea ha muerto, y me han ofrecido en propiedad la plaza.—

¡De qué buena gana, Dios mío, hubiera abrazado entonces á Jaime! Pero la prudencia me contuvo hasta el día siguiente, que es hoy.

Bajé sin hacer ruido, aguardé impaciente el nuevo día, entré en el despacho del Jefe, y cuando acababa de contarle entusiasmado lo ocurrido, un agente de policía entró con el oficial de Jaime á noticiar cómo estaba probado que el tal fué quien sustrajo las trescientas pesetas. Hoy mismo ha sido ascendido Jaime, con general aplauso, á oficial de talleres, con buen aumento de sueldo, concediéndosele el solicitado permiso; y lo que es más, un abrazo de entusiasmo de Jefe y compañeros.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

FE CRISTIANA

(RECUERDOS DE UN SACERDOTE)

Era domingo del mes de Febrero el día en que entró en mi casa un pobre muchacho de 15 á 16 años, pálido, demacrado, de humilde apariencia. De grandes ojos azules que retrataban el candor de su alma, de aire tristón y simpático, bastaba verle para amarle. Me traía una carta de recomendación; venía á buscar en mí refugio y consuelo; se llamaba Pedro García; era huérfano y aprendíz de dorador. Le hice sentar, y le ordené que tranquilamente me contara su historia.

Hijo de jornaleros, él católico indiferente, ella protestante, fué, sin embargo, educado con su pequeñito hermano Augusto, en el seno de la Religión Católica, gracias á una buena hermanita de San Vicente de Paúl,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

conocida de su familia; pues esta señora, viendo la frialdad cristiana con que eran criados, y pretextando la falta de recursos que tenían, los puso internos en un colegio católico gratuito. Y aún hizo más aquella excelente mujer: asistiendo á la madre en su última enfermedad, tuvo la dicha de verla morir arrepentida de sus creencias protestantes, dentro ya del seno de la verdadera fé.

Cuando después murió el padre, los pobrecitos huérfanos tenían solo trece y ocho años respectivamente. Quedaba como tutora de ellos una tía, hermana de su madre, protestante exaltada, que no tuvo más afán desde un principio que ver á los niños fuera de nuestra fé, obligándoles á ello por todos los medios posibles. Pedro había resistido valerosamente; y á pesar de que se le privó de toda comunicación con los católicos, y en consecuencia de comulgar, confesar é ir á misa, él conservó siempre la pureza de su fé; y los ministros protestantes, á quienes su tía le condujo en

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

varias ocasiones, nada pudieron conseguir de él.

Por fin se impacienta la exaltada mujer, y el día 4 de Enero le advierte que, ó se hace protestante ó para siempre sale de su casa. Él trabajaba en un taller de decorador, y el amo, sabiendo su infortunio, le ofrece comida y cama durante los días de trabajo, con lo cual se despide de la cruel tía. Pero la familia del maestro dorador marchaba los domingos tempranito á pueblecillo próximo, y no volvían á la ciudad hasta el lunes en la mañana; la casa permanecía, pues, cerrada; y Pedro, en la alternativa de quedarse un día á la semana sin comida y sin cama, ó renunciar á sus creencias para volver á casa de la tía, no titubeó un instante, y eligió valeroso lo primero. ¡Pasaba aquellas noches del domingo, que todos santificamos, durmiendo sobre un banco de alguna plazuela, sin pan, sin abrigo, sin consuelos!

Una noche cruel de invierno, en que nevaba con fuerte viento, aterido, rendidito

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

de hambre, de tristeza, de fatiga, llamó en casa de la tía, pidiendo hospitalidad para sólo aquella noche. Por la voz le conoció, y, sin abrir, le preguntó desde una ventana: —«¿Serás protestante?» «No puedo engañarla: ¡Nunca!» —«Pues busca en otro lado asilo.» Y tan brutalmente rechazado,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

el pobre Pedro tuvo que recibir sobre su cuerpecito combatido por el frío viento, cuanta nieve cayó sobre él toda la noche, (que no fué poca). ¡Noche fatal! A partir de ella, alteróse la salud del muchacho; una tos ronca y contínua empezó á consumir sus fuerzas...

Al domingo siguiente, se acordó de la buena hermanita de San Vicente, protectora suya, y la buscó con afán, descubriéndola luego su gran dolor y arrojándose en sus brazos para decirla:—¡Hermana, hermana mía! ¡Vengo á entregarme á sus cuidados! ¡Tened compasión de mí!—

La buena señora, después de haberle consolado y dándole bien de comer, me lo envió, no sin antes haberle felicitado muy entusiasmada por su constancia en la Fé, por su amor á Cristo. Pedro, con tan poderosa recomendación para mí, me pedía encarecidamente que hiciera cerca de él las veces de padre. ¡Dios sabe cuán de corazón lo hice! Cuidé de su alma juntamente con su cuerpo: recordando á tan

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

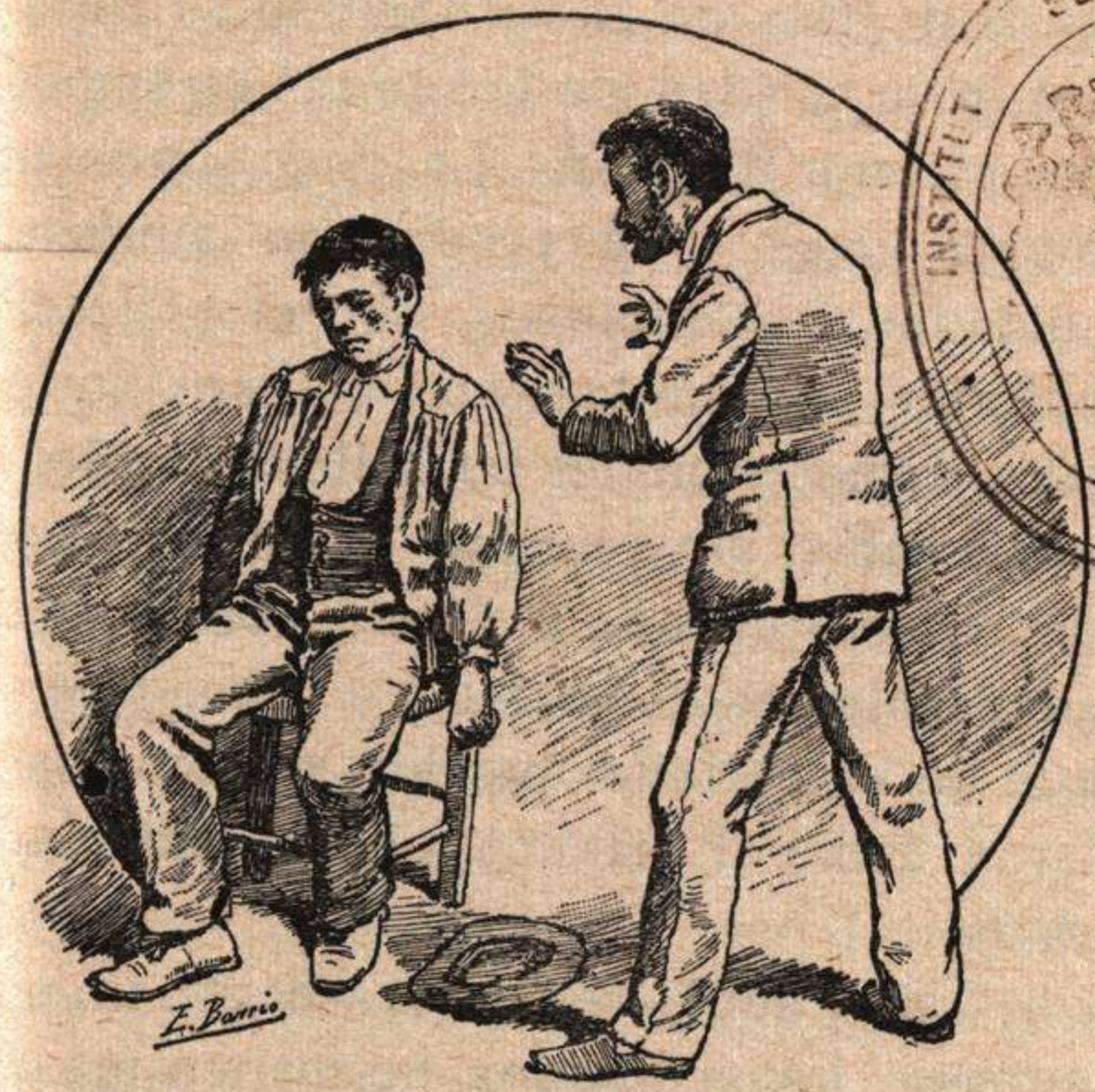
adorable niño los principales puntos de fé, de la fé porque tanto había sufrido. Le daba aquellos supremos consuelos cuya única y verdadera fuente es el corazón adorable de Jesús, recibiendo su confesión, fortaleciéndole el alma. ¡Cuántas veces se levantaba de su silla mi pobrecito Pedro, conmovido, y con lágrimas en los ojos se arrojaba en mis brazos y me estrechaba con efusión!— Qué felicidad tan grande, padre mío, haber sido enviado á su lado!...

Todos los domingos venía, y todos ellos era recibido como al niño mimado de una casa se le puede recibir. Siempre encontró en ella su cuartito arreglado, la comida dispuesta, la enseñanza cristiana, la distracción posible, la blanda cama. Al día siguiente, siempre marchaba á su taller contentísimo, aunque con pena de abandonarme.

Un día le ví entrar fatigoso, más pálido que de ordinario, abatido, triste... ¡La calentura le consumía! Ya no pudo volver á casa de su maestro. Pasados muy pocos

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

días llamé á un médico amigo, notable en su profesión. Examinó con delicadeza á mi pobre aprendíz, que decaía por momentos,



y me dijo luego, aparte:—¡Está perdido! Un ataque violento al pecho, sin duda, causado por el frío y descuidado, dió origen á la enfermedad. ¡Se le ha consumido ya el pulmón derecho!

¡Dios mío, Dios mío! ¡Pobre criaturita!

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

¿Que hacer con él? Yo carezco de medios, de tiempo, de asistencia para cuidarle convenientemente... Pensé en los hermanos de San Juan de Dios, admirables religiosos, y su caridad me le admitió en seguida, por el amor de Jesús. Le dispusieron una buena cama y le prodigaron tantísimos cuidados y atenciones, que el pobrecillo enfermo, profundamente conmovido por tales demostraciones de solícito cariño, no podía hablar sin derramar lágrimas de agradecimiento cuando á ellos se refería. Y tan admirablemente cuidado estaba, que ni aún en el período que los médicos señalaron como el máximum de su existencia, murió.

—Estoy aquí—me decía—hecho un marquesito. Estos buenos hermanos me dan cuanto apetezco, y en todo parece como si estuvieran por completo á mis órdenes. Son unos verdaderos santos. ¡Bendito sea el Señor que me los hizo conocer por su mediación!—

Y los hermanos le amaban á él muy

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tiernamente. Me contaban compadecidos y entusiasmados la resignación verdaderamente cristiana con que Pedro sufría los trabajos que Dios le enviara. Cada ocho días recibía al Señor, porque en vista de su fé y bondad ejemplares, se le permitía así y solía decir con frecuencia:—¡Ahora recobro el tiempo perdido! Tomaba la sagrada forma como un angelito, encontrando fuerza y felicidad en ello. ¡Cuántas veces me ha dicho:—Cuando acabo de recibir al Señor, sufro menos, mucho menos. Si me pongo bueno, pienso consagrarme á Dios y hacerme sacerdote ó hermano de San Juan de Dios.—

Aunque la enfermedad no dejaba de hacer progresos, á pesar de los cuidados delicadísimos y constantes de aquellos buenos señores, su buen humor nunca le abandonaba, y en cada visita mil cosas tenían que contarme, hechas ó dichas por él, que lo probaban. Este carácter tan amable, unido á una gran piedad, le había ganado todos los corazones, y su cuarto se

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

veía siempre concurrido, porque su maestro y compañeros, la buena hermana de la caridad con otras hermanitas que le conocían, y otras varias personas caritativas, atraídas por su dulzura y resignación, no le abandonaban. ¡Cuántos pormenores podría contar que prueban la angelical bondad de tan amado muchacho! El enfermero me decía:—No puede V. comprender cuán agradecido se muestra á los favores que de V. ha recibido! Cuando se pronuncia vuestro nombre, se llenan sus ojos de lágrimas; y hasta le prueban mejor vuestras visitas, que las medicinas.—

Se acercaba el momento en que Pedro poseería para siempre el Sér amado tan tierna y puramente. Una noche rogó que le llevaran al siguiente día muy tempranito la Sagrada Eucaristía; y aquella noche la pasó el pobrecillo bastante incómodo. Su cuerpo demacrado parecía ya más bien un esqueleto; días hacía que su piel estaba rozada en varias partes. Un hermano colocaba el altarcito á la cabecera, antes de

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

amanecer, anunciando que el sacerdote no tardaría en llegar para satisfacerle, y Pedro le dijo con apurado acento:—Hermano, mi querido hermano; ¿Rezamos juntos un

poquito?—Sí, hijo mío. ¿Qué oración deseas?—*La letanía de la buena muerte*. Sentóse de rodillas el hermano á la cabecera de la cama, y ambos rezaron aquella admirable plegaria, llena de consoladores pensamientos, que sabía de memoria Pedro, en fuerza de repetirla. Apenas habían concluído, cuando exhaló un gemido triste,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

inclinando sobre la almohada su cabeza. El hermano, notando una gran alteración en su rostro, corrió asustado á buscar al enfermero que ordinariamente le cuidaba. Apenas hubo tiempo de colocarle un Crucifijo entre las manos y de leerle algunas oraciones. ¡Cuando el alba asomaba, Pedro se fué á mansión eterna y bendecida para gozar en ella con los justos de la presencia de Dios! Dispuesta su comunión para momentos después, el Señor le llamó á comunión perpétua en su amante seno. Su rostro se compuso después de muerto. ¡Parecía lo que fué y es: un ángel! Con expresión de bondad celeste, con su escapulario y medalla de la Purísima, en cuya protección tuvo siempre confianza ciega, entre las manos un crucifijo, regalo mío, que tantas veces besó en vida, diciendo:—Jesús, Dios mío, yo os amo!... —Más parecía un niño dormido que un cadáver.

Al día siguiente le acompañaron á la sepultura varios de sus visitantes asíduos. Sobre ella se ha colocado una cruz blanca,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

con esta inscripción tan sencilla á los ojos del mundo, tan rica á los de Dios y los ángeles, sus compañeros:

«*Aquí descansa en la paz y en el eterno amor de Nuestro Señor Jesucristo, su fiel servidor Pedro García, que vivió 16 años y murió el 18 de Septiembre de 1858.*»

Encendida su alma en el amor bendito, ¡qué le importó á tan bendito niño enfermar y morir en la Tierra, cuando tal amor purísimo le condujo al Cielo!

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

LA HIJA DEL DESTERRADO

Un oficial del ejército ruso, llamado Lopulof, fué injustamente condenado por cuestiones políticas y desterrado á una de las provincias más miserables y salvajes de la Siberia, de aquel país frío, despoblado, donde con su mujer é hija sufría toda clase de privaciones.

Isabel fué siempre uña buena muchacha, compasiva, y desde pequeñuela se afligía mucho al considerar la suerte de su buen padre, que, á pesar de llevar muchos años allí, no se podía acostumbrar nunca á tan triste situación, abandonándose con frecuencia al más violento abatimiento. La pérdida de su libertad le iba minando la existencia. Ella concibió una idea grande: tan grande, que en mucho tiempo no se atrevió á comunicarla: ¡ir á San Peters-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

burgo (1) á pedir al emperador el perdón para su padre!...

Advertíd que desde donde ellos vivían á San Petersburgo, la capital de Rusia, hay mil leguas de camino, camino fatal la mayor parte; que á su padre Lopulof, nadie le conocía en la capital, no solo por hacer tanto tiempo del suceso, sino por su poca categoría en el ejército, y, por último, que los desterrados no tenían una triste moneda de qué disponer. Pero esta hija admirable puso toda su confianza en Dios, y se atrevió al fin á comunicar su proyecto al padre amado, diciéndole sencillamente:

—Padre mío, espero que me daréis licencia para ir á San Petersburgo y solicitar allí del emperador su perdón. Espero en Dios que favorecerá nuestra causa, pudiendo realizar mi intento.—

¡Con qué ganas se rió el padre, oyendo á la rapazuela! Tomola de la mano y la condujo á donde se hallaba su madre, disponiendo la comida.

---

(1) Ahora esta ciudad se llama Leningrado.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—¡Buenísimas noticias, esposa mía! ¡Se acabaron nuestras desgracias! Escucha bien: Esta gran señora que te presento, se digna ir á la corte del gran emperador de toda la Rusia, á solicitar mi perdón del mismo, que la recibirá en persona! ¿Qué te parece?—

—¡Mejor sería que pensara en sus labores! ¡Qué simplezas hay que oir!

Mas como luego observase el desconsuelo con que la niña

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

lloraba, la abrazó riéndose; y presentándola un paño de cocina, dijo:—¡Vamos, queridita: Comienza por limpiar la mesa, que luego te ocuparás de tu visita al emperador!

Mucho tiempo tardó en volver á hablar del asunto la joven, ya que tan á burla lo habían tomado sus padres. Pero firme en su buen propósito, contínuamente suplicaba á Dios en sus oraciones que la diera fuerzas para resistir, inspiración para ejecutar y valor para aguardar.

Varias veces insistió más tarde con sus padres; y al fin, ya de 16 años, y como vieran aquellos la formalidad, la fe, el amor con que hablaba, y no pudiendo disuadirla con caricias y lágrimas, la concedieron al fin el permiso solicitado, emprendiendo ella el viaje al fin, después de recibir las bendiciones paternales.

Con muy escasas monedas de cobre, pero con muy abundante valor y fe, y con la confianza ciega de que Dios la serviría de guardián, se puso en marcha al fin.

¡Imposible describir las grandísimas fati-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

gas y contrariedades que experimentó la joven en este gran viaje, así como los espantosos peligros que durante él hubo de arrostrar! Como no conocía la ruta que era preciso seguir, á cada paso se veía obligada á preguntar, y á cada paso expuesta á ser engañada ó desatendida; pues al preguntar con tal formalidad por el camino de San Petersburgo, que tan legísimo estaba, se la tomaba por loca muchas veces, contestándola frecuentemente con carcajadas, que la helaban la sangre en las venas. Por todas estas causas, perdiéndose de continuo, prolongaba mucho el larguísimo camino que había de seguir.

¡Qué lucha tan gigantesca contra las inclemencias del tiempo, contra la indiferencia de las gentes, á veces hasta brutales, contra las necesidades de mil género que la atormentaban casi siempre! Se detenía en los pueblos más ó menos tiempo, según la acogida que se la dispensaba, según el mayor ó menor cansancio, según las mayores ó menores necesidades; pero siem-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

pre que en cualquiera casa se detenía algún día, cuidaba de ganarse el pan que comía, el socorro que recibía, ayudando á barrer, á fregar, á coser, á lavar, etc. Cuando injustamente era rechazada de una parte, sus lágrimas de amargura eran tan verdaderas, que en más de una ocasión se vió llamada por aquellos mismos que la despidieron de mal modo, y socorrida y consolada con agrado.

¡Pero eran muchísimas más las penas que las alegrías en aquella peregrinación! Sorprendida por violenta tempestad y buscando refugio en monte espeso, allí hubo de pasar larga noche de invierno, entre zarzales, que si la resguardaban del viento, no fué así de la lluvia torrencial; pues la tuvo que recibir sobre su cuerpo la noche

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

entera. A la mañana siguiente, medio helada y enteramente cubierta de lodo, llegó á una cabaña á donde fué bastante bien recibida, y á donde por varios días hubo de estar la pobre, enferma á consecuencia del suceso.

En otra ocasión, atravesando unas montañas, fué acometida en pleno día por una manada de lobos. ¡Dios mío, qué mal lo pasó también! Y seguramente hubiera sido devorada al fin sin el auxilio de unos aldeanos que, atraídos por sus gritos, pudieron llegar á tiempo para salvarla, no sin que una de aquellas fieras la dejara impresa y para siempre con sus uñas, buena señal en una pierna.

Atravesando más tarde unos pantanos cubiertos de hielo, y después de esforzarse una y otra hora en encontrar la senda que debía seguir, llegó á un sitio salvaje, rodeado de bosque espeso. La noche se aproximaba; Isabel se estremeció de miedo; había visto á lo lejos unos hombres que avanzaban y que tenían todas las trazas

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

de criminales. Por fin, se la acercaron, y con voz siniestra, la preguntó uno qué hacía por aquellos sitios:—Vengo de la región más apartada de la Siberia y voy á San Petersburgo á solicitar del emperador el perdón para mi padre, oficial desterrado injustamente.—Pero... ¿y por tu propia voluntad haces sola ese viaje?—Sí; ningún sacrificio por un padre es bastante grande. —¿Y con qué dinero cuentas para ello?— Con ninguno; vivo de limosnas.—Extrañados al oir estas declaraciones, y tan admirados como compadecidos de tal valor, virtud y naturalidad, no sólo no la hicieron mal aquellos malvados, sino que la dieron algunas monedas y ropas y alimentos para muchos días; indicándola el camino que debía seguir.

Llegó á Kasam, ciudad importante de Rusia, y allí tropezó con otra gran contrariedad: El viento fuerte y frío, amontonaba sobre las riberas del Volga gran cantidad de témpanos de hielo; de modo que era casi imposible vadearle; pues sólo una parte

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

podía atravesarse en lancha, con peligro manifiesto, y luego era preciso ir saltando sobre los témpanos, ejercicio arriesgado por extremo al que ningún barquero se

atrevía. Isabel les propuso la travesía, y la rechazaron bruscamente haciéndola ver el peligro y advirtiéndola no se lo podrían consentir hasta que el hielo cediera. Preguntó cuánto tiempo aproximadamente se

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tardaría en ello, y cuando oyó que por lo menos quince días, dijo con acento indescriptible de amargura:—¡Por Dios! ¡Sed compasivos, y pasadme el río hoy mismo!... Vengo de allá, del fondo de la Siberia, en busca del perdón para mi padre injustamente desterrado hace muchos años. Sin más amparo que el de Dios, sin más recursos que los de la pública caridad, llegué aquí después de grandísimos sufrimientos en mucho tiempo; sabéis el largo camino que aún he de recorrer. ¿Consentiréis que haya de detener mi marcha otros largos quince días? ¡No! ¡Sed compasivos, amigos míos! ¡Os lo suplico!

Uno de los que la escuchaban, profundamente conmovido tomó á la joven de la mano y dijo:—Venga usted. Trataré de conducirla. Soy padre; usted es buena hija, temerosa del Señor y amante de su padre. ¡El cielo nos guiará! ¡Estoy seguro de ello!—Y haciéndola entrar en su barca, navegó con bríos y con aplausos de todos hasta donde imposible parecía navegar, no

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

sin gran clamoreo de ruegos para que no siguiera adelante. Cuando no pudo más, dejó la barca, echó sobre el hombro izquierdo á la joven, tomó en la mano derecha un remo, y auxiliándose de él para afianzarse en el fondo, fué saltando de hielo en hielo con increíble arrojo, con serenidad pasmosa, hasta poner en salvo su carga en la opuesta orilla del Volga. ¡Qué muestras de gratitud le prodigó allí á su bienhechor la pobre Isabel! ¡Con qué alegre y decidido paso emprendió su camino de nuevo, en la idea de no tener que perder ya aquellos quince días!

Unas jornadas le faltaban aún para llegar á Moscou, y la pobre comenzó á carecer de todo; el calzado destruído, los vestidos desgarrados, la comida muy escasa... El frío era, por otra parte, intenso; había un metro de nieve, congelada por completo; cuando caía, más bien que copos parecían carámbanos que no permitían distinguir el cielo de la tierra. ¡Qué días angustiosísimos aquellos que empleó en llegar á la populosa

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

antigua capital de Rusia, hambrienta, desnuda, descalza, y sin haber perdido por ello, y por su cansancio extremo y aquella màrcha forzadísima sobre el hielo, su habitual buen humor, su valor indomable, su alegría, su fe y esperanza, pensando en Dios y en la vuelta del padre amado á su patria! ¡Aquellas ideas la fortalecían el ánimo de modo maravilloso!

Fué acogida en cruel noche en un convento, a donde contando el objeto de su viaje, y desventuras pasadas en él, recibió de la superiora una carta de recomendación para alta dama de Moscou, influyente en la corte del Emperador y muy amiga suya, y aún para otra que vivía en el mismo San Petersburgo. La de Moscou la recibió muy bien, compadecida; la retuvo algunos días á su lado para restaurarle las fuerzas; la vistió y calzó y provisionó de alimentos y dinero para hasta cuando calculaba que podría llegar á San Petersburgo, ya que ella no quiso ir hasta allá si no á pie como había hecho el viaje, y así después de ¡diez y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

ocho meses! de sufrimientos y caminatas, llegó Isabel á la corte, saltándola el corazón en el pecho al penetrar en la ciudad. Por ella anduvo como perdida los primeros instantes; pero informada al fin de la vivienda en que habitaba la buena señora á quien iba recomendada, se llegó allá; y como en Moscou, encontró alojamiento cariñoso, espléndido, satisfactorio por todos estilos.

¿Pero cómo llegar al Emperador? Esto era dificilísimo, porque aquella señora no tenía ya influencia alguna en palacio; y unos amigos suyos que la pudieran servir, estaban ausentes. ¡Era preciso esperar!... ¡Esperar! ¡Esperar ella, con sus diez y ocho meses de camino mortal! ¡No!... Se presentaba casi á diario á las puertas de palacio, y contaba á los centinelas su historia, haciéndoles ver cómo había de hablar al Emperador con urgencia, y suplicándoles la ayudaran en ello. Pero los soldados, tomándola por loca, se echaban á reir, teniéndose que alejar de allí toda confusa. ¡Y así tuvo que pasar la pobre muchos días,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

siendo consolada siempre por la buena señora que la hospedaba.

Al fin, una persona caritativa habló sobre ella á la esposa de un oficial de la real guardia, y ésta á una amiga suya, esposa de uno de los secretarios de la Emperatriz, quien haciéndola llegar á su presencia y profundamente conmovida del relato interesantísimo de Isabel, y de sus no menos interesantes prendas personales, la dijo:—¡Eres una excelente hija! Dios, que hasta ahora te protegió, sigue indudablemente prestándote sus favores; porque te prometo que muy en breve has de ser complacida. Quédate hoy á comer con nosotros.

El marido se enteró del caso, y aquel mismo día habló á la Emperatriz, quien le dijo:—Tráemela esta misma tarde.—En efecto, fué presentada en palacio, no sin antes sufrir un desmayo de felicidad al saberlo; no sin antes levantar sus ojos al cielo para decir:—¡Gracias, Dios mío! ¡No en vano puse en tí toda mi confianza!—no sin antes inundar de lágrimas de gra-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

titud las manos de la esposa del secretario.

La Emperatriz la recibió y escuchó con indecible bondad y complacencia, interrogándola sobre todas las circunstancias de su historia, Isabel, que al principio estaba temblorosa, se animó poco á poco, recobrando al fin su serenidad, su valor admirable, y acabando por decir:—Señora: mi padre está inocente del delito que se le

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

atribuyó: no pediría para él el perdón si no fuera digno de él. Sólo suplico que se revise el proceso y se le haga justicia.—Conmovida y admirada la soberana, abrazó á Isabel colmándola de caricias, de felicitaciones por su conducta heroica, de promesas y regalos espléndidos, que recibía con lágrimas de agradecimiento.

Se examinó el proceso; se vió la inocencia de Lopulof, y el Emperador mandó que fuera solemnemente reconocida y proclamada, levantado el destierro, y dado al mismo para reparar la injusticia de que fué objeto, un gran puesto en el ejército y una fuerte pensión que recaería sobre su mujer é hija; y á esta última, como recompensa á su conducta heroica, una distinción soberana en la Corte y un puesto en ella cerca de la Emperatriz.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

EL ESCOLAR REBELDE

(RELACIÓN DEL INTERESADO)

Me cupo la desgracia de perder á mi padre, siendo muy niño. La madre, por extremo condescendiente, no tuvo valor para dominarme, y viví siempre mimado, siempre voluntarioso. Sin la energía del tutor, mi tío, fácll es que á estas horas fuera un desgraciado; porque el cariño ciego de las buenas madres nos perjudica á veces notablemente. A los catorce años, apenas si sabía lo que puede aprenderse en una mala escuela de lugar, y entonces, mi tutor se formalizó. Era preciso hacerme hombre; y para ello, venciendo cuantas resistencias opuso mi madre, cuantas opuse yo, se determinó mi entrada en un internado famoso. Felíz determinación!

Además de los externos, que eran en gran número, fuimos aquel curso unos

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

sesenta alumnos internos. Era el establecimiento aquel modelo de internados, donde reinaba una disciplina firme, severa y cuidadosa; pero al mismo tiempo dulce, agradable, ilustrada en alto grado. Los estudios libres, muy bien ordenados é importantes; las costumbres tranquilas y puras; la vida doméstica hasta donde

fuera posible que lo fuera. En el salón de estudios, velaban dos profesores, en unión del director, los tres, personas de gran saber y bondad suma, que gobernaban las clases muy acertadamente. Y por otra parte, los internos me parecieron todos dóciles, estudiosos y contentos con su suerte y su vida metódica,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Yo, por el contrario, acostumbrado á completa independencia, á una libertad sin límites, arrastrado más que conducido allí á la fuerza, en el mismo momento de mi ingreso, me dije:—Este régimen claustral no se hizo para tí.—Así, cuando mi tutor, despedido del director se retiraba, me agarré fuertemente á él para seguirle; pero fuí rudamente rechazado, y en vano intenté salir tras él: la puerta quedó bien cerrada, y nadie la abrió á pesar de mis gritos, llantos, patadas, tempestades de todo género, escándalos de todos los matices.

«Una puerta me condujo al desierto patio. Todo me parecía aquello menos mansión de paz y de trabajo, de felicidad y satisfacciones íntimas. Vagando como un insensato por allí, me pareció una prisión más que nada; por lo que la cólera, tan próxima siempre á estallar en mí, se desencadenó con rabia, que me hizo exclamar furioso: «¡No he de romper estas malditas barreras? ¡Yo me ahogo aquí, me ahogo! ¡Escalaré estas paredes y no volveré más!...»

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Pero como el león enfurecido en su jaula, me revolvía yo contra el imposible.

«Cansado, desfallecido de dar vueltas, me eché en el suelo, aproximando á él los ardientes labios, y rugiendo más que suspirando con desesperación: «¡Madre'... ¡Madre!... ¡Esto es una tiranía! ¿No vendrás á sacar á tu hijito de la cárcel á donde lo encerraron para que se muera de rabia?...»

En el momento en que me revolcaba así furioso por el suelo, oí sonar la campanilla, y los alumnos salieron de recreo al patio, levantándome yo prontamente, pues temí ser para ellos un objeto de risa, y resolví por eso desde tal instante vencerme cuanto me fuera posible para evitarlo: «Forzaré á los conserjes á que me abran la puerta. Y si no, seré tan malo, tan constantemente rebelde, que rehusarán conservarme aquí. ¿Qué pueden hacerme? ¿Sacudirme acaso? Si lo hacen, su brutalidad me justificará. ¿Encerrarme? El peor encierro para mí son las clases y salas de estudio. ¿Hacerme

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

sufrir!... Todo sufrimiento me parecería suave en comparación del trabajo á que se me quiere obligar. ¿Privarme de recreo, de comida, de diversiones!... ¡A fe mía que no tendrán ese sentimiento, pues no pienso probar bocado, aunque me muera de hambre!... ¡Mejor si me muero!... ¡Antes acabo de sufrir! ¡Ea! ¡A mantenerme firme'...»

Todas estas *lindezas* pensaba, todas estas diabólicas resoluciones tomaba mientras llegaron al patio los alumnos, á quienes yo volvía la espalda; pues por no ser observado en mi descompostura ni molestado en mis propósitos, por no dar á nadie cuenta de mi conducta, estaba en un rincón, vuelto de espaldas. El recreo fué alegre, bullicioso, animado, digno de niños cuya conciencia estaba satisfecha, que tenían el alma tranquila.

Observé desde mi escondrijo que el maestro que les vigilaba, parecía más bien un buen amigo suyo, un hermano mayor, por lo cual, sin duda, le mostraban todos un afecto y sumisión extraordinarios; y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

hasta era él quien proponía los juegos, ayudándoles á ejecutarlos.

Sin duda, no sospechó mi malicia el buen señor, y viendo á un recién llegado, se interesó por él; que juzgaría acobardamiento lo que era rabia, despecho, ira reconcentrada. Así, acercóse á mí, y con palabras cariñosas y muy dulce acento, me convidó á disfrutar con mis nuevos camaradas; con él mismo... Yo, sin embargo, continué pegado á la pared, bajando obstinadamente los ojos, hasta que cansado de sus cariñosas instancias, que como martirio consideré en mi ceguera de espíritu, me volví, le miré insolente y provocativo, y con la imprudencia de la cólera y la descompostura del mal educado, le dije fiero: «¡Déjeme usted en paz! ¡Váyase á paseo con su cargantería, que no estoy para músicas!»

A tan brutal conducta, me imagino que el buen señor no sabría lo que hacer. Sin duda, compadecido, volvióse á los alumnos que un poco retirados habían suspendido

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

sus juegos esperando al nuevo compañero para compartirles con él, y les dijo sencillamente mientras yo me volvía de nuevo contra la pared: «Está triste, hijos míos, porque jamás se ha separado de su madre. ¡Continuad y no le incomodemos!»

La bondad del buen señor aquél, que no sólo perdonaba mi imprudencia y desvergüenza, sino que además hasta intentaba disculparme ante los niños, hubiera debido ablandarme; pero no, por el contrario, me irrité más y más. Deseé que me reprendiera, que me hablara severamente, para contestarle más insolente aún, y como su dulzura me privó de semejante satisfacción, me puse aún más furioso, y esperé impaciente ocasión de insolentarme otra vez.

Los juegos, en tanto, continuaban animados y bulliciosos; hasta que por fin sonó la campanilla, y á su sonido reinó un silencio tan instantáneo y completo, que no pude menos de admirarme; tanto que, subyugado yo mismo por el imperio de tan asombrosa disciplina, tomé inadvertida-

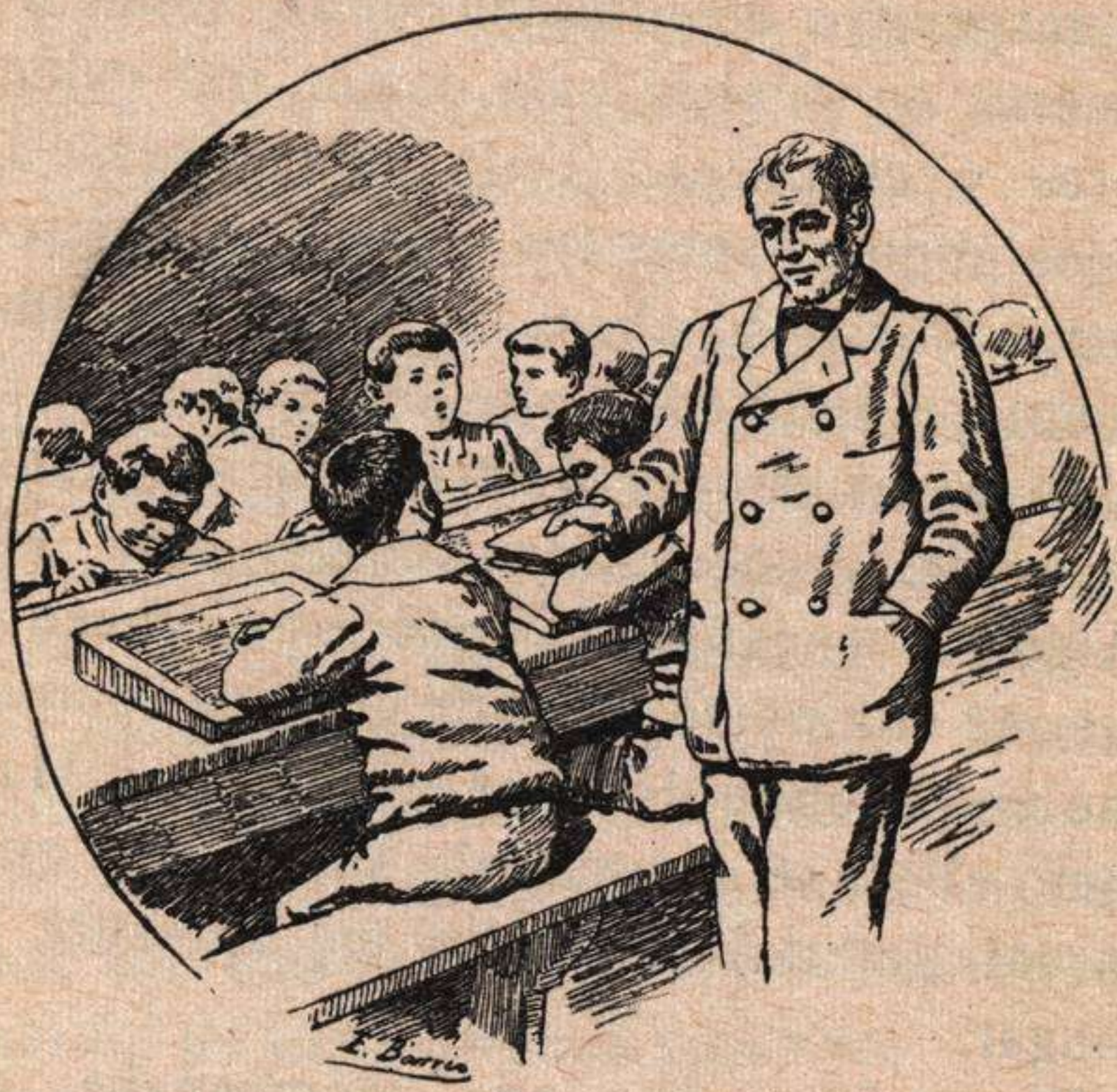
(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

mente plaza en las filas que los alumnos habían formado, llegando así con ellos al salón de estudios, adonde cada uno ocupó su respectivo asiento, abriendo silenciosamente su pupitre para tomar del cajón libros y cuaderno. Toda esta juventud, pocos minutos antes tan animada y juguetona, se mostraba ahora en la más absoluta quietud; siendo tal el silencio, que sólo el ruido de las plumas al correr por el papel, se sentía. ¡Espectáculo extraño para mí! ¡Algo de encantador encerraba; encanto que me conmovió, oyendo una voz secreta que en el fondo del alma me gritaba: «¡Haz como ellos; sé razonable!» Voz divina que en mi detestable orgullo me apresuré á ahogar.

El profesor que nos acompañaba, el mismo que se había mostrado conmigo tan indulgente en el patio, me indicó amable un pupitre, proporcionándome papel, tinta y plumas. Y luego que se aseguró de que por todas partes reinaba el trabajo, el buen orden, el silencio preciso, se aproximó á

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

mí, presentándome un libro que traía en la mano. «Usted debe comenzar á estudiar las nociones de la lengua latina. He aquí



los rudimentos de ella; copiará V. su primera página varias veces, para que así la aprenda de memoria con facilidad. ¿No es cierto?»

Su acento era tranquilo, reposado, simpático, cariñoso; mas yo no adelanté mi

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

mano para tomar el libro. «¡Tome usted!», me dijo de nuevo sonriente. «No le infunda miedo un trabajo que desconoce, porque yo le ayudaré en cuanto le sea preciso...» ¡De qué buenas ganas me hubiera mostrado también en aquellos instantes de general silencio desobediente, rebelde, furioso!... Pero el temor de pasar por palurdo, me contuvo; y tomando al fin el libro, dije: «Le tomo, puesto que os habéis dignado molestaros en traérmele. Pero advierto que es completamente inútil, porque nada he de estudiar.»

Cerré el libro que se me daba abierto, le coloqué sobre el pupitre, y apoyando encima los dos codos, oculté la cabeza entre mis manos.

Algunas veces, y como al descuido, me descubría un poco mirando desconfiado á todos los alumnos, al profesor...; pero nada; ni á éste le irritaba mi conducta, puesto que iba y venía de un lado para otro, ayudándoles en sus trabajos, sin aparentar que le contrariara mi brusco comporta-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

miento, ni ví á ningún camarada fijarse en mí.

El director entró en el estudio, y temblé al verle; que tan cobarde como altivo era yo entonces. Echó una ojeada sobre todos, y luego, con pausa y serenidad, se adelantó hacia la mesa que ocupaba, y parándose enfrente de mí, conocí que quería hablarme; y sin ser dueño de la voluntad entonces, me levanté respetuosamente, bajando la vista. «¡Veo que no quiere trabajar, y lo siento en el alma! ¿Piensa en la pena que causará á su buena madre semejante noticia? ¡Vamos! ¡Animos, hijo mío!»

Tan fuerte sensación experimenté al oir estas consideraciones, que á punto estuve de echarme á llorar y pedir perdón. Pero recobré en el instante mi entereza fiera; me endurecí de corazón otra vez; las lágrimas que iban á brotar de mis párpados se contuvieron; y mi única respuesta fué un convulsivo suspiro. El director me miró con lástima, y se alejó de allí, sentándome

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

yo furioso y ocultando de nuevo mi cabeza entre las manos, durante el resto del estudio.

Cuando fuimos al refectorio á comer, no quise tomar nada, conduciéndome en tal estado de rebeldía la tarde entera: esto es, en abierta oposición con la disciplina, y sin querer atender en las clases, ni estudiar, ni jugar, ni comer. ¡Cuánto sufro y tiemblo al recordar ese día cruel! El director frecuentó mucho las clases, sin decirme una palabra, pero mirándome compasivo. Tan exasperado estaba, tan extraviado en mi razón, que pienso hubiera llegado á ser un criminal, un malvado, si con el rigor que merecía mi conducta se me hubiera tratado. Pero no: mi excelente director, cuya memoria sea por siempre bendita, empleó conmigo método bien distinto. Había notado en mí, bajo ese exterior altivo y fiero, una sensibilidad extremada, y pensó en que fácilmente se me podrían corregir mis graves defectos con astucia y paciencia. Sus miradas buscaban

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

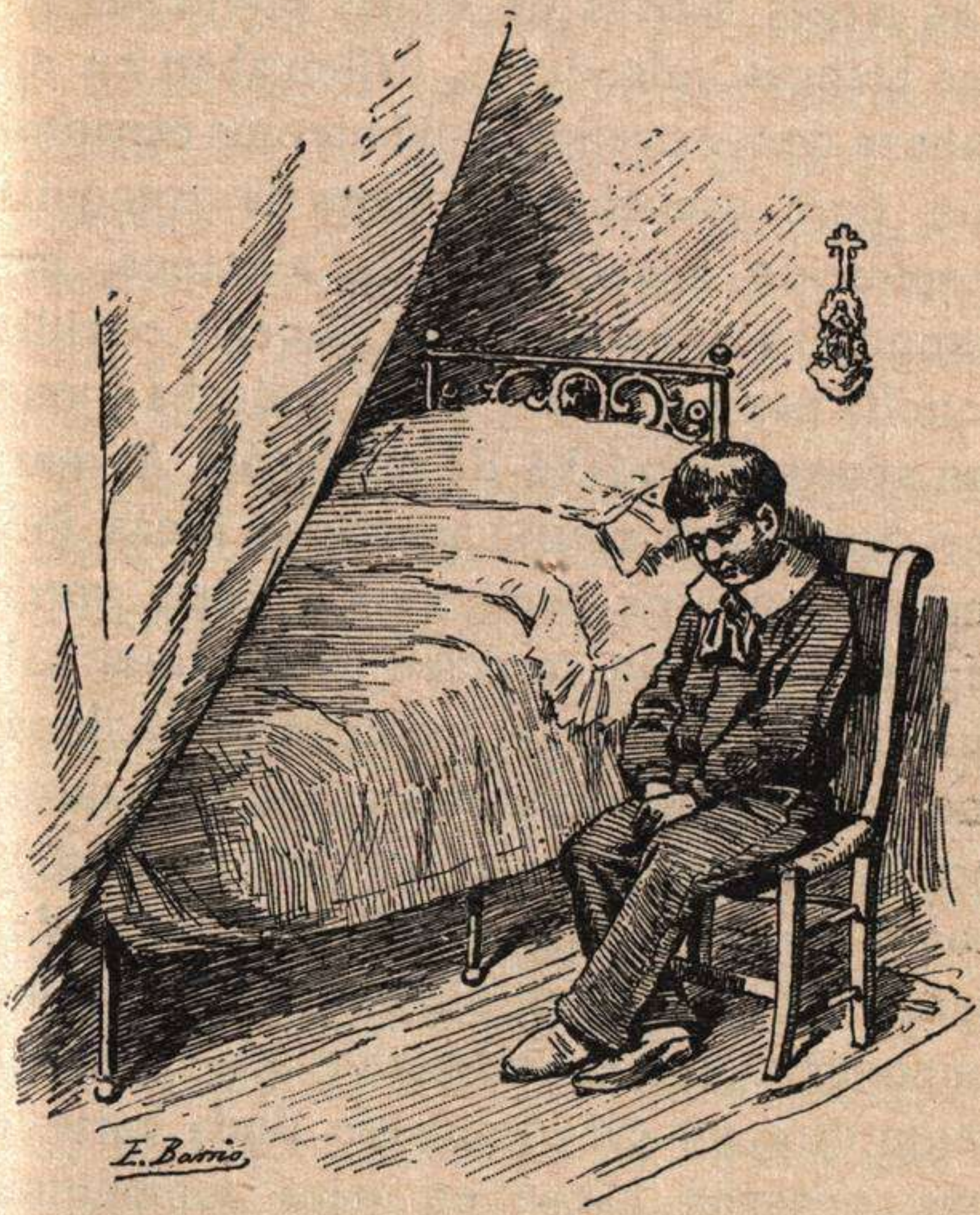
sin cesar las mías, y yo leía en ellas, á la par que severas reprensiones, una bondad extrema. ¡Si mi juicio hubiera sido entonces cabal, de ningún modo las hubiera resistido!

Por último, se acabó ese día terrible sin que ni en la comida ni en la cena hubiera probado nada. Tenía los bolsillos llenos de frioleras que mi buena madre me preparó, y pude permitirme semejante valentonada; y como nadie se preocupó de si comía ó no, ni en la merienda ni en la cena, mi despecho al advertirlo, se aumentó grandemente, pensando y determinando atrevido al subir á los dormitorios, no acostarme aquella noche. ¡Y no me acosté!... Me senté vestido en la silla colocada á la cabecera de mi cama, á lo que el vigilante mostró una aparente indiferencia.

¡Qué noche tan horrible! ¡Más aún que el día! Soñando encima de la silla, con ese sueño incierto del entorpecimiento, del estupor que nos domina cuando la cólera se apodera de nosotros y no hay con quien

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

desahogarla, y la fatiga nos rinde, y la energía nos sostiene á medias. Presa de



delirios espantosos, á cada momento me sobresaltaban ideas terribles; y abriendo los ojos, dábame miedo, mucho miedo el

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

aspecto del gran dormitorio, débilmente alumbrado por la luz de unas lamparillas. Las largas hileras de camas envueltas en sus blancas colgaduras, bailoteaban en mi cabeza con extraños movimientos espantosos; pero escuchando luego la tranquila respiración regular de los alumnos, me tranquilizaba, causándome placer y envidia aquella paz y calma que me rodeaba y que tan apartada andaba de mi razón. A ratos me venían á la mente acertadas ideas, formaba buenos pensamientos, y hasta vertía lágrimas que no carecían de dulzura: «Si, me decía á mí mismo, me desnudaré ahora, me acostaré, me levantaré cuando los otros, por la mañana, y luego seguiré los estudios como alumno sumiso, dócil, obediente, deseoso de seguir los ejercicios que se me impongan...» Y es indudable que mi excelente director creyó que sin duda haría lo que pensaba hacer en tales momentos, puesto que me dejó toda la noche en completa libertad, en lugar de encerrarme como había merecido. Pero ni se cumplieron

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

estas esperanzas suyas, ni aquellos propósitos míos; pues el abominable orgullo sofocó toda buena intención, y me sorprendió el toque de la campana para levantarse, sentado en la misma silla, vestido, quebrantado de la mala noche, fatigoso, apenado, en un estado que debía inspirar lástima; pero tan cabezudo y bárbaro como el día anterior.

A pesar de esto, cuando entramos en las clases, llevaba ya la íntima convicción de mi culpabilidad, pues las reflexiones que me hice en tan larga y dolorosa noche, habían producido su fruto. Los castigos seguro que me habían irritado y puesto fuera de mí; por el contrario, aquel sosiego en que pude estar la fatal noche, me obligó á discurrir seriamente por primera vez en mi vida que era necesario instruirme, que aún me era más preciso educarme, que si no me enmendaba por completo, mi madre y yo seríamos desgraciados... Por otra parte, había empezado á representar allí un papel muy en armonía con mi modo de ser y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

quería á toda costa sostenerlo y seguir.

Por eso continué indócil, como la víspera, pero con propensiones grandes á cambiar de rumbo; aunque más culpable en mi mala conducta que el día anterior, porque entonces no comprendía mis faltas y ahora las había meditado bien, con sus consecuencias. Maldito orgullo!...

Yo contemplaba á todos con soberbia, ya separaba de ellos mi vista con afectado desdén y superioridad, ya intentaba sorprender en sus miradas una debil señal de admiración á mi entereza para envalentonarme y volver al escándalo; ó una indicación de secreta simpatía que nos diera lugar á la sublevación. ¡Pero nada! Sólo leía en ellos indiferencia, despreocupación, inadvertencia, todas esas señales que desesperan más y más al colérico; cuando más esa tierna compasión manifestada á los enfermos. ¡Había soñado mi orgullo en pasar allí por héroe fingiendo el papel de mártir, y me apercibí de que representaba el de loco! ¡No creo que se pueda sufrir más en el

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

mundo que lo que yo pasé en aquella mañana, luchando entre el deber y la rebeldía! Como si una venda de fuego me oprimiera la frente, me abrasaba y consumía, rodando la imaginación de delirio en delirio, pasando mil cuadros llenos de animación y vida por aquella cabeza perturbada. Parecíame que, despedido por el director, volvía al lado de mi madre, á quien veía afligidísima, en medio de sus besos cariñosos y de sus lágrimas que me abrasaban el corazón. Que mi tío y tutor, por extremo airado, se negaba á recibirme, y aún á abrirme la puerta, que mis vecinos y amigos me señalaban con el dedo y huían de mí como de un loco ó de un malvado, insultándome siempre; que el criado de casa, preparando el coche, me cogía á viva fuerza, metiéndome y gritando: «¡Al colegio, al colegio!» Y que el buen director, perdiendo la serenidad, la calma, el amor de su semblante bondadoso y triste, me obligaba por malos modos á las más degradantes pruebas de arrepentimiento fin-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

gido!... ¡Dios mío, cuánto sufría en aquellos instantes!...

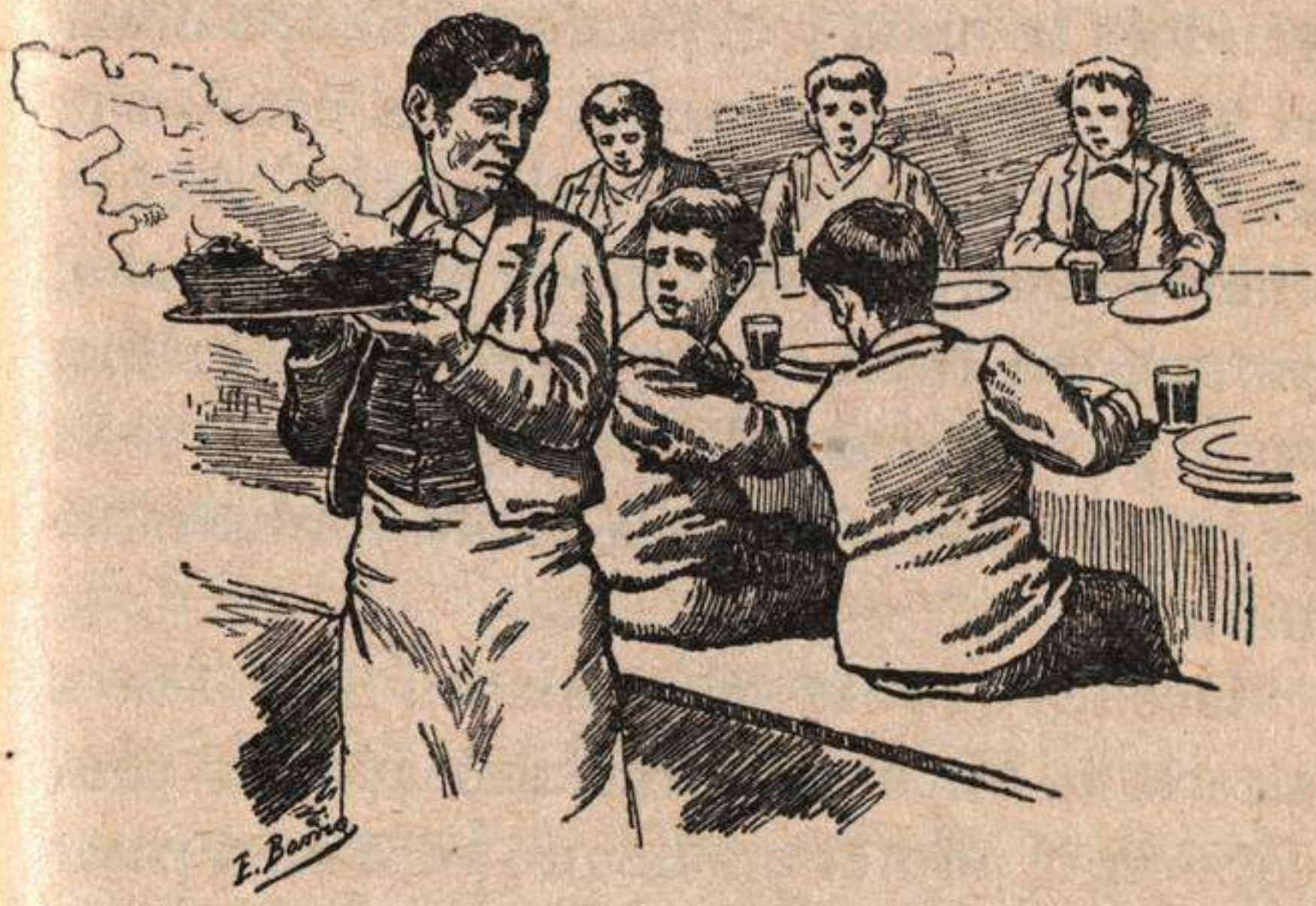
Creo muy bien, pensó el director, cuando supuso que mis reflexiones me vencerían, que esta fiebre que me devoraba, era como una crisis favorable en mi terrible enfermedad de espíritu, crisis tras la cual vendría seguramente mi curación ya inciada. Sí, aquellas reflexiones sombrías, favorecidas por la profunda calma que reinaba y por los buenos ejemplos de orden, de trabajo, de contento, que observaba en derredor, me estaban siendo muy favorables.

Cuando subimos al refectorio para comer, estaba ya algo calmada mi pasión de orgullo; y sin duda porque el día anterior no quise tocar alimento alguno, sólo hallé en mi sitio pan y agua. Nada era más justo; pero sin embargo, me enfadé y dije bruscamente al criado: «¡Que me sirvan como á los demás!» El criado fingió no oirme, y pasó adelante. Entonces con la mayor suavidad y disimulo posibles, el

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

alumno que estaba sentado á mi derecha me dijo de modo que nadie lo oyese: «¡Háblale cortesmente, según manda el reglamento, y te servirá enseguida!»

Temblé de emoción á estas palabras. Era



la primera vez que llegaba á mi oído la voz de un amigo ¡Y tan llena de dulzura fué'... ¡Tan cariñosa!... ¡Tan simpática y atractiva'... Levanté los ojos: era un muchacho como de mi edad, de fisonomía viva, graciosa, arrogante en el buen sentido de la palabra. Sus ojos no me hablaron de ironía, de desdén, ni aún siquiera de aquella com-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

pasión poco lisonjera que todos los otros me manifestaron. ¡Sólo una franca y leal benevolencia, tal vez un noble deseo de intimar conmigo! Más adelante supé que el director le había puesto á mi lado, encargándole la santa y delicada misión de obrar el bien en mí por medio de la confianza, de la amistad; misión angelical que Alfonso cumplió cual ninguno otro lo hubiera hecho, porque era él en efecto como un angelote, tanto por la pureza del corazón como por su hermoso carácter. ¡Qué noble y admirable niño!...

Desde que le ví, conocí que iba á amarle!... Mi orgullo rechazó aún su consejo en el primer momento, pero temí pasar á sus ojos como un niño mal educado, y por temor de perder su aprecio, me vencí al extremo de decir al criado cuando de nuevo pasó por mi lado: «Le suplico que me sirva como á mis compañeros y amigos!» «Con muchísimo gusto, señorito!», me respondió en el instante. ¡Y Alfonso!... ¡Qué mirada me dirigió tan deliciosa!... Estuvo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

muy contento; me habló toda la comida por los ojos, y me fué muy agradable así aquel rato. Los demás alumnos, el maestro, el criado no parecían haber notado nada de cuanto pasó, de mi primer signo de humildad y nuestra interesantísima conversación muda.

Al salir del refectorio, se esparcieron los jóvenes por el patio, entregándose sin demora unos y otros á toda clase de juegos. ¡Todos menos uno! ¡Menos Alfonso, que tomándome cariñosamente del brazo, se privó de sus distracciones, él tan juguetón, tan inquieto, para pasearse á solas conmigo todo el tiempo del recreo! ¡Que dulce era su conversación! ¡Qué extraña impresión saludable produjo en mí!... No me habló palabra sobre mi insensata conducta, de la cual me avergonzaba ya interiormente; y hasta evitó mi reciente y fino amigo el suscitar cuestiones que mi sombría altivez pudiera desechar, dándose por aludida. Hablamos de nuestro país, de los placeres de la infancia, de mi tierna madre, de mí,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

de él y de sus padres!... ¡Oh, Dios mío, y cómo los quería! ¡Cómo el deseo vivísimo de agradarles le alentaba en sus estudios! Escuchándole, conocía que me iba mejorando por momentos, y el deseo de imitarle me animaba ya. Hablamos también del colegio, y el buen niño, mencionaba al director con piadoso respeto y cariño, y á los profesores y vigilantes con tierno reconocimiento. «¡Qué bueno es él, y qué malo yo!» Pensé avergonzado... Así terminó el largo rato de recreo, mucho más largo aquel día por ser jueves. Pero á mí se me antojó un minuto!

¡Qué bien conocía el corazón infantil quien, para atraerme al bien, para volver al redil mi alma extraviada, en vez de imponerme castigo, me buscó un amigo!...

Alfonso me había advertido cómo todos los jueves tenía costumbre el director de hacer algunas reflexiones morales, en clase general, después del recreo de la tarde; y cómo solía aprovechar la ocasión para elogiar ó humillar, según los méritos de cada

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

cual. Oyéndole me sobrecogí. Una especie de temblor convulsivo me dominaba, entre el temor y el respeto natural, mezclado á un resto de indocilidad bárbara; pero Alfonso me tenía cogida una mano, y para mí aquello era algo más que una orden. ¡Era un ruego cariñoso que no se podía desatender!...

Entramos en el gran salón de conferencias: el director subió á la tribuna, sereno y bondadoso; me pareció en mi conciencia turbada, que yo sólo era el objeto de sus meditaciones, que sobre mi conducta reprochable caería todo el peso de sus observaciones morales en aquel día. Por eso, por más esfuerzos que hice para dominarme, desde que empezó á hablar me sentí nuevamente dominado por la fiereza

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

estúpida de siempre, ya que aguardaba agrias reprensiones y una pública humillación. Pero afortunadamente, Alfonso estaba ahora allí, á mi lado, y notando mi turbación me oprimía suave la mano que entre las suyas retenía siempre. El espanto era grande, la ocasión solemne, el silencio profundo... Me figuraba que las voces de todos, uniéndose á la del director, me gritaban al oido: «¡ingrato, desobediente, rebelde!» Y á veces me burlaba por anticipado del ataque, y oía rebullirse aún dentro de mí el orgullo maldecido!... Sin embargo, los apretones cariñosos de mi nuevo amigo, me animaban sobre manera, como si me dijeran: «¡Espera! ¡Confía! ¡Ama! ¡Véncete!...;» y como consecuencia de ello, los buenos pensamientos inundaban mi alma á raudales. ¡Qué felíz me sentía, en medio de mi terrible sufrimiento y encontradas pasiones...!

Mis temores no se realizaron, porque el director no se dirigió á mí ni á ninguno. Se expresó en términos generales, aunque

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

bien comprendí yo que indirectamente se encaminaban á mí tales advertencias cariñosísimas, de tierna compasión. Tomó por pie las palabras del Evangelio: «*No endurezcáis vuestros corazones*», y con apasionado acento y persuasiva palabra, habló sobre la ceguera de espíritu, sobre la obcecación, mostrando cómo el arrepentimiento es rocío bienhechor que fecunda las estériles almas, cómo es irremediable la desgracia del niño que se obstina en el mal, desoyendo la voz divina; pintándonos y ponderando la dulzura de esas lágrimas que hace correr la sincera corrección del mal, la conversión verdadera; y la dicha que experimentan los que habiendo abandonado la virtud, vuelven á ella.

Como lluvia de fuego contra el mal cayeron en mi corazón sus palabras; como ascuas que encendieron mi amor hacia el bien. Indocilidad, orgullo, terquedad; todas estas pasiones fueron como reducidas a polvo. Todos los santos pensamientos, todas las advertencias generosas y sanas des-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

atendidas hasta entonces, se apoderaron de mí con increíble fuerza dominadora. ¡Ansiaba ya probar á tal maestro, que sabía ser digno de sus lecciones! Cuando acabó de hablar, yo oía aún su voz; fué preciso que me avisaran para salir de allí... Luego me dijo Alfonso que estaba en aquellos instantes como transfigurado, y que en mis facciones marcadas poco antes con el sello de la maldad, habían admirado mis compañeros como el reflejo de una luz divina, que á él le hizo derramar lágrimas de verdadera felicidad... ¡Bendito seas, amigo mío! ¡A tí lo debo todo!...

Apenas nos dejó nuestro director, aun bajo la influencia de su noble y dulce palabra, cogí mis libros de estudio, pudiendo difícilmente contener los sollozos que me sofocaban el alma, pues estaba deseoso de reparar en parte el daño que había hecho á los demás y á mí mismo. Por esto fuí por mi voluntad propia hacia el maestro á quien tan ásperamente traté la víspera, y con la mayor humildad le rogué que me señalara

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

lección, siendo tratado con tal cariño y complacencia que me abochornó é hizo llorar con más deseos.

—El señor Director le espera á V. en su despacho—, me dijeron. Y fué preciso ir allá, ignorando cómo llegué, aunque sí recuerdo bien que una nube de tristeza empañaba mis ojos. Y ni temor, ni recelo, ni amargura sentía por haber sido llamado; antes al contrario, gocé muchísimo con ello, porque el arrepentimiento verdadero me subyugaba ahora, ahogando mi soberbia. Por tanto, hallarme en su presencia y lanzarme á él suspirando, fué todo obra de un momento.

—¡Qué malo he sido! ¡Qué escandaloso! ¡Qué criminal... ¡Perdonadme, señor!—

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

dije vertiendo copiosas lágrimas. Y él (bendita sea su memoria), mientras me correspondía apretándome contra el pecho y besándome en la frente, no dijo nada; pero una lágrima, una lágrima, sí, ardiente y bienhechora, salida de sus ojos venerables, llegó á mi mano...

Solicité todo género de castigos, porque quería ser humillado ante todos; pero él se negó por completo.—No, hijo mío! Son ya inútiles, y más que castigos resultarían venganzas. Piensa en Dios, en Jesucristo á quien en cierto modo acabas de imitar; piensa en tu madre, y sé ya bueno para siempre!

¡Y lo fuí, sí, señor!... Salí lleno de cristianas resoluciones, de esperanzas grandes, y no recuerdo que jamás hayan tenido que reprenderme desde entonces severamente; por el contrario, por modelo de humildes, de aplicados, de amorosos, de buenos alumnos, fuí citado siempre, y mi madre gozaba cada verano muchísimo conmigo. Y hasta mi tío y tutor me agasajó ya sin reparos siempre!

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Contra mi orgullo, contra mi rebeldía, hubieran sido ineficaces castigos ó amenazas; estoy seguro de ello. Y he aquí como mis profesores me corrigieron. Entregado á mis propias reflexiones, confiado después á los solícitos cuidados de la amistad, y dirigiéndome luego el lenguaje del sentimiento y de la razón, me vencí dichosamente. Fijo siempre en la idea de hacerme digno del amor de mi madre, de Alfonso, de mis profesores; los progresos en educación y en instrucción fueron grandes; y yo, cada vez que recordaba mi pasada vida, me avergonzaba de ella y aumentaba mi pasión de ser bueno.

¡Qué desgraciado sería ahora sin la acción caritativa de aquellas benditas almas que salvaron á la mía de una ruina segurísima y eterna!

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

SERPIENTE PRIMOROSA

—Uno de vosotros, Pepe, hijos míos, sabéis que es mexicano. Vió por primera vez la luz del mundo en aquella hermosa tierra americana que, por lo tanto, es su patria. Yo he pensado en esta circunstancia, y me pareció muy conveniente añadir á esta colección de cuentos, algunas páginas más que hicieran relación á México; esto le será á él muy grato, y á todos agradable y provechoso: qué brillante historia tienen algunos de los héroes de aquel país, y originalísimas leyendas, maravillosas, conservan sus habitantes por el relato de padres á hijos, por *tradición*. ¡Qué libro tan interesante pudiera formarse con esos elementos!

—Mil gracias por su idea y por su trabajo para realizarla, maestro querido. No sabe cuánto bien me hace en ello; porque,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

como V. sabe, cuando me vine de allá tenía suficiente edad para no poder olvidar en todos los años de mi vida aquella tierra bendita, para recordarla con placer inmenso!... Le oiré con religioso silencio, y conservaré cuanto nos diga para no olvidarlo nunca. ¡Cuántas leyendas hermosas oí de niño á mi madre y á mis criados.—

Pues atención y escribid por título: *Serpiente primorosa.*

Es México gran nación de América Septentrional, al Sur de los Estados Unidos, que con el Pacífico y el golfo de su nombre, el mar de las Antillas y Guatemala, la limita, contando hoy con diez millones de habitantes. País por extremo montañoso, sus cordilleras entrecruzadas forman deliciosos valles y cañadas, grandes y fértiles mesetas; tan accidentado el suelo que estando gran parte comprendido en la zona tórrida, disfruta sin embargo, de mucha variedad de climas, de los más cálidos á los más fríos: en vegetales, desde caña de azúcar, café, tabaco, algodón, cedro..., pro-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

pios de la zona tórrida, hasta cereales, maíz, encinas, coníferas..., todo ello cosechado en abundancia y desarrollo pasmosos. Inmensas selvas, grandes campos de cultivo en sus valles sin igual, imponentes montañas, elevadísimas, desde cuyas cumbres la gran ave altanera mira al valle con profundo desprecio... Y mientras el *suelo* hasta sin cultivo da inmensas riquezas, no menores las guarda el *subsuelo* en sus entrañas, que encierran los más preciosos minerales, las piedras de mayor belleza, todo en abundancia grande...

Viviendo en tal medio rico de vida, *saturado* de puro y balsámico aire, el habitante de México, es por regla general, sano de alma y cuerpo, de vigoroso temperamento, sencillo, trabajador, inteligente, bien arraigado en el espíritu el sentimiento de la independencia, del amor á la patria, de los deberes y derechos del ciudadano... Han comprado la libertad dichosa, de que hoy gozan, con la vida de millares de hijos que se sacrificaron gustosos por ella; y la paz

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

perfecta en que viven hace tiempo, con el talento y el amor al trabajo, que ennoblece. Nada falta, pues, á esta gran nación para ser felíz, porque aman y practican también el catolicismo. Los españoles, acostumbrados á su tierra y cielo andaluces, no habían soñado siquiera con el esplendor de la tierra, con la sin igual belleza del azul del cielo mexicano. ¡Nunca creyeron poder encontrar naturaleza tan espléndida y variada, tan caprichosa é imponente como aquélla!... En la distancia de algunos pocos kilómetros, se encuentran sitios adonde una perpetua primavera reina, otros á donde la vida se hace imposible por el extremo calor, otros, en fin, á donde el frío hiela las palabras. Y cómo suponer, por muchos que soñaban ambiciosos, que tal cantidad de riquísimos metales guardaban aquellas rocas en sus senos escondidos!

¿Comprendéis ahora cómo nada tiene de extraño el que Pepe, en sus frecuentes conversaciones libres con vosotros, recuerde y prefiera con creciente entusiasmo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

ese algo místico, grandioso, incomparable, que él guarda confuso en su cerebro de las maravillas naturales que encierra la tierra en que nació, y que no os puede concretar como quisiera; algo de las costumbres sencillas de sus paisanos, de las extraordinarias leyendas de la tierra bendecida de sus padres, de las impresiones múltiples, en fin, de su primera infancia?

Empiezo ya mi leyenda, hijo mío:

Cuentan los viejos á los jóvenes que siete ú ocho siglos después de venir Jesucristo al mundo, ocupado ya el país de la meseta central de México, los *toltecas* (raza invasora cuya procedencia se supone fuera de hacia el Norte), se apareció de improviso por las cuencas del río Pánuco un muy extraño personaje de raza blanca y de blanca barba larga; severo, grave, majestuoso, atrevido, gracioso, imponente... Traía su cuerpo envuelto en larga túnica azulada, adornada con cruces negras y rojas; le seguían otros varios hombres cuyos vestidos se asemejaban, y así anduvo por

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

selvas, por valles, por montañas, sin descanso alguno y sin más comer ni tomar que lo muy preciso para alimentar su cuerpo y con él su inteligencia; su inteligencia tan

activa como el cuerpo, pues no andaba por andar, sinó que aquel larguísimo tiempo de su peregrinación extraña lo pasó predicando, repitiendo en todas partes y á todos los hombres y en todos los tonos: «¡Hijos de los hombres! ¡Sois también hijos de Dios!... ¡Nada hay más desagradable á la Divinidad, que el sacrificio cruel de la Hu-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

manidad! ¿Cómo sacrificáis los hombres á los hombres para agradar á vuestros dioses? ¿Quién os pudo hacer creer, infelices hermanos, que fuera agradable á la Divinidad la muerte violenta é inútil de la Humanidad, en sacrificio cruel? Dios hizo al hombre para que, viviendo en paz, se conserve, le ame, aumente la raza sin jamás disminuirla y aún luchando cuanto sea preciso por conservarla. Le hizo para que amándole por toda la vida, nos amáramos respetando su obra. ¿Cómo, pues, queréis que le agrade el sacrificio humano, ni aún siquiera que no le castigue severamente? La adoración á la Divinidad, lejos de pedir víctimas humanas en sacrificio, consiste en servir y amar á la Divinidad misma, en servir y amar luego al *prójimo*, que es todo hombre de cualquiera condición y edad; en vivir tranquilo, sin odios, sin guerras, sin venganzas, con buenas costumbres, trabajando mucho cada cual en su ocupación propia, aprendiendo siempre algo nuevo, esperando resignados y tranquilos otra vida

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

mejor. ¡Hijos de los hombres! ¡No ofendáis á la Divinidad con el sacrificio humano! Los que en mí crean porque les predico el bien, que se me acerquen; que reciban el agua del Pánuco sobre sus cabezas, para disponerse á amar la verdad y el bien; que me confiesen sus pecados para que se los perdone la Verdad Infalible, el Bien Supremo!!!...»

Dicen que la serpiente atrae á los pajarillos con sus miradas; y como aquel hombre atraía á las gentes con el primor de sus predicaciones extrañas y puras, *Serpiente primorosa* fué llamado *(Quetzalcoatl*, en lengua tolteca). Y sus ideas, sus doctrinas, triunfaron tanto en el país regado por el Pánuco, que se encontró en su modestia grande, en su vida sencilla, hecho *rey sacerdotal*. Rey de hecho, porque pasando el tiempo en sus predicaciones enérgicas y sencillas, mal comido y sin tomar un minuto para distracciones ajenas, nada hacían los numerosísimos habitantes de aquella región sin proponérselo y consultarle, sin

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

que él antes lo aprobara. Y sacerdote, porque bautizaba y confesaba á las gentes todas, porque les enseñaba cuanto á la divinidad agradaba y cuanto la ofendía. Con gran pena suya, le obligó al fin la necesidad á dejar su vida errante y modestísima por aquella otra que le dió autoridad para poner en práctica sus doctrinas de regeneración de la raza. Para ello fundó grandes casas de adoración ó templos, con espaciosos salones para confesar á las gentes, quienes los adornaban con vistosísimas plumas de matices delicados, con piedras preciosas de inestimable valor. Y aquellas casas de adoración, lo fueron también de la ciencia, del arte, de la industria; porque *Quetzalcoatl* les enseñó muchísimo, llegando así los toltecas á una cultura, á una civilización asombrosa: fueron buenos constructores ó arquitectos, y de esto tenemos pruebas en los restos de sus famosos monumentos admirables; buenos explotadores de minas y trabajadores en metales y piedras preciosas; buenos constructores de vasos de barro y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

de tejidos de algodón; y más que nada admirables astrónomos, pues en el estudio, en la observación del Cielo llegaron á tanto, que muy atrasados puede decirse que en su comparación vivían por la misma

época y en dicho conocimiento los europeos; su modo de contar y repartir el tiempo, *su calendario* fué superior y original. Del jugo de los frutos, del cacao y del magüey, principalmente, hicieron licores regios, bebidas sagradas, solo compa-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

rables al renombrado *néctar de los dioses* de los griegos.

«¡Que no os fascine la vista del Sol y de la Luna, hijos míos!»—les decía frecuentemente en sus predicaciones.—Estos grandes dioses, son déspotas; el uno, abrasa con los ardientes rayos de su cabellera fascinadora; la otra, se pasea orgullosa por los palacios queriendo dominarlo todo con su palidez mortal, que hiela la sangre en las venas. Yo quisiera veros entusiasmados con Venus, ese hermoso lucero de la mañana que, siempre modesto, tímido, muestra su brillante disco como aparición sublime en los momentos más poéticos del día, anunciando la venida del Alba, señalando la desaparición del Sol por el Ocaso. ¡Ese, ese es el sin igual ejemplo de la Divinidad tranquila, amante, sencilla, majestuosa, llena de paz, de gracia, de hermosura y dulce calma que atrae los corazones! ¡Esa, esa es la encarnación de la Divinidad, á quien debéis rendir adoración!»

Muchos, muchos años vivió aún *Quet-*

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

zalcoatl sin abandonar ni un día su misión sagrada y civilizadora. Y cuando vió á su pueblo (que bien pudo llamarle suyo), sabio, industrioso, bueno, no le importó ya morir. Lo decía siempre y añadía: «Aunque sufrais persecuciones mil, aunque se desplomen sobre vosotros las montañas heladas de la indiferencia y os combatan soberbias las tempestades de la oposición religiosa, el triunfo de estos ideales que os predico, será definitivo. Un día vendré caminando sobre las olas del inquieto Oceano, y ya no me separaré más de mi amado pueblo.»

Como no todos los toltecas fueron partidarios de tan santas doctrinas, de tan provechosas lecciones, Serpiente primorosa fué perseguido por sus enemigos, sobre todo por los que siguieron adorando al Sol y la Luna, y por consecuencia ofreciendo víctimas humanas á la Divinidad, que si en un principio tuvieron que resignarse y sufrir las predicaciones de aquel hombre, se dieron maña luego para hacerle huír de la

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

capital *(Tolan)*, y refugiarse en *Chotuh*, después en *Yutacán*, adonde murió.

Profundamente religiosos los toltecas, no tardaron mucho los fieles en divinizar su memoria, confundiéndole en la adoración de que fué objeto con el planeta *Venus*, ya que él le puso siempre por modelo de divinidad, y con el *viento*, á quien adoraban, ya que como esta fuerza del aire en movimiento impulsa cuanto al paso encuentra, impulsaba él también los corazones en el amor de Dios y del prójimo con su seductora palabra.

¿Quién fué Quetzalcoatl? ¿De dónde vino? ¿Cuál fué su patria y cuál su nombre propio? ¿Quién lo envió? Él no dijo nunca nada sobre ésto, y las gentes no se atrevieron á preguntarle. Si el misterio desaparece, la fascinación acaba. Por eso no puede referirlo la leyenda.

Nadie lo supo. Lo que sí se adivina aquí es que esta tradición explica bien cómo aquella civilización superior la lograron los toltecas por el principio fundamental de la

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

verdadera luz celestial, y que aquel principio de vida eterna que vislumbraron en en las teorías de *Serpiente primorosa*, les impulsó en el camino del progreso.

Hernán-Cortés, en su descubrimiento y conquista, sorprendió á la raza privilegiada mexicana, heredera de la cultura tolteca, en la cuna de su desarrollo intelectual, en la niñez de su civilización; pero infancia que revelaba todo el soberano empuje de disposiciones felices, de organismos superiores; todo el porvenir de un pueblo que nacía poderoso, grande, acaso original, aunque desde luego inspirado necesariamente en la cultura de otras gentes del Asia, cuna de la humanidad.

¡Bendita por siempre la memoria del héroe ilustre que descubrió el nuevo mundo! ¡Bendita la del insigne caudillo que conquistó México, con el nombre de Nueva España! ¡Pero quién sabe!... El hombre que vive una niñez vigorosa en cuerpo y alma, algo hace pensar en una juventud, en una virilidad, hasta en una vejez espléndida!...

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Aquella civilización primitiva mexicana fué sorprendida y ahogada por los descubridores y conquistadores, y los juicios del hombre sereno, no saben si celebrarlo ó sentirlo, aparte en lo que se refiere á la iluminación divina de las conciencias, por la fé en Jesucristo. Sin embargo, nada tiene más fuerza que los hechos; y el hecho es que México perdió su especial cultura naciente para *asimilarse* la española, y con ella la europea. Y esta leyenda hermosa de *Quetzalcoatl* nos prueba que antes, mucho antes de que Cortés descubriera tan hermoso país, ya sus hijos habían penetrado hasta cierto punto en el misterio del Catolicismo, lazo que liga las almas y las regenera, que dá la paz y la felicidad. ¿Cómo penetraron en tan sublime y profundo misterio? Como penetrais vosotros en toda razón superior por la maravillosa impresión profunda de un personaje ideal, que os representa el hecho asombroso: por el *héroe*, por la epopeya. ¿Y cómo nos lo recuerda luego? Como recuerdan estas cosas todos

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

los poetas primitivos: por la *leyenda tradicional*, ó narración fantástica de hechos fabulosos que, transmitidos de padres á hijos, explican la realidad á su modo.

Moctezuma, el emperador de los mexicanos cuando Cortés conquistó el país, era á más sacerdote de los que en *Quetzalcoalt* no creyeron nunca, pero que siempre estuvieron miedosos de sus presagios; y cuando para sus cultos disponía los sacrificios humanos, ofreciendo el corazón humeante de sus víctimas al ídolo principal, siempre se temblaba el suyo al recuerdo de la anunciada venida por mar de *Serpiente primorosa*. ¡Cuál no se quedaría al anunciarle sus gentes que allá, en las tierras más lejanas de sus dominios, había desembarcado un hombre blanco, barbado, de unos cuantos acompañado, valerosos é intrépidos hasta la exageración, y que venciendo en su camino á todos y arrollando á las gentes como el huracán fiero, quería llegarse á él para hablarle de otra religión de amor, de otros reinos muy lejanos!...

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Bien creyó que era el mismo Quetzalcoatl quien se acercaba, y tuvo miedo, y por cuantos medios pudo, trató de alejarlo de allí... ¡Comprendía que su poder y la libertad de su pueblo peligraban de muerte!

NETSAHUALCOYOTL

De hacia el Norte del Golfo de California, y en los principios del siglo XII, salieron las gentes llamadas *aztecas*, que por la costa del Occidente del país mexicano emprendieron larguísima caminata hacia el Sur, en busca de tierras fértiles adonde morar, porque la suya natal les era estrecha ya. Y no les preocupaba ni el tiempo, ni el lugar en que su peregrinación debiera cesar, porque el *oráculo* les había anunciado: «Un águila, devorando gran serpiente sobre un nogal, os señalará el término de vuestro viaje, adonde levanta-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

réis el templo al Dios de vuestros mayores; y las casas que os servirán de vivienda, rodeándole.»

Por eso sufrieron resignados larguísima y cruel peregrinación de tres siglos, hasta que una mañana, costeando la la-

guna del *texcoco*, vieron que hermosa águila hendía los aires sobre sus cabezas, llevando prisionera entre las garras y el pico gran culebra y que yendo á posarse sobre solitario nogal que crecía allá en el centro

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

de la laguna, en peñón aislado, devoró su presa, clavando en los peregrinos aztecas su pupila ardiente, llena de luz y de revelaciones, mientras ellos, entusiasmados, gritaban alegres: ¡El *oráculo* estaba cumplido! ¡Al fin encontraron el descanso, la prometida tierra, el sitio á donde morar!...

Con cañas frágiles construyeron sobre el peñón su templo; y con trabajo inmenso, con paciencia y habilidad increíble, fueron luego poco á poco cimentando sobre el fondo del lago, levantando hasta por sobre la superficie inquieta de sus rizadas aguas, diques enormes que admiran aún el simple curioso y que les servían de caminos ó calzadas para comunicar con las orillas del lago; y más tarde, rellenando los espacios entre dique y dique con tierra y piedras que cegaron el estanque, sobre el macizo construyeron y ensancharon más y más el pueblo naciente, que había de llamarse en su tiempo México. ¡Obra admirable en verdad, digna de celebrarse!

Los *tecpanecas*, dueños entonces de

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

aquella parte del país, tenían un rey, que avariento y mal aconsejado, oprimió á los aztecas con tributos crecidísimos, cada vez mayores, llegando á exigirles bárbaramente que le llevaran á su corte una *chinampa*, (jardín flotante de los que ellos construyeron muchos sobre las aguas del lago en que habitaban), bien sembrada con flores y frutos del país. Aunque penosa é injusta en verdad fué la exigencia, la paciencia, la buena voluntad, el amor al trabajo, la habilidad extrema de aquellas gentes vencieron, y el rey tecpaneca tuvo en su capital la *chinampa* exigida, al año de manifestar su deseo. Maravillado, seducido, ó tal vez desconcertado el soberbio monarca al ver realizado tal prodigio, para el año siguiente les exigió otra *chinampa* con una garza y un ánade empollando; y en tal disposición que los animalitos sacaran sus pollos al tiempo de hacer la entrega. ¡Bárbara exigencia, que prueba la mala idea por parte de quien la impone!...

Pues, sin embargo, se cumplió la orden

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

con delicadeza suma, dando lugar á otra parecida exigencia; y esta vez había de figurar en el flotante huerto un ciervo vivo, para lograr lo cual les fué preciso ir á buscarlo allá lejos, habiendo de atravesar por entre pueblos enemigos, cosa que no acobardó en verdad á tan valerosas gentes.

Pero pronto iban á humillar los humillados, á oprimir los oprimidos: De algunos años se disputaban los dominios del país dos pueblos: los *tecpanecas* y los *chichimecas*, que pelearon muchas veces, siendo al fin vencidos los segundos, por lo que dueños eran del terreno los tecpanecas, por lo que los azquetas tuvieron que resignarse y pagarles tributos, satisfacerles exigencias; mientras, la capital de los vencedores iba creciendo en hermosura, en esplendor, en suntuosidad. Pero el príncipe hijo del vencido y muerto rey de los chichimecas, errante varios años, perseguido siempre, pudo al fin encontrar secreto asilo entre los azquetas, y con ellos vivió, dándoles como á los suyos grandes esperanzas

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

de triunfo, de libertad; este fué *Netzahualcoyotl*, piadoso, lleno de fé, de bondad, que un día llegó á triunfar, en efecto, de sus enemigos los *tecpanecas*, ayudado por los buenos amigos aztecas ó mexicanos. Y desde que se vió dueño del imperio, en nada pensó más que en dar la felicidad á su pueblo y á sus vecinos y auxiliares, á quienes con sus consejos prudentísimos, con su talento admirable, con su grande actividad salvó de calamidades muy horribles.

Desde el triunfo de tan esclarecido príncipe, la fortuna sonríe á los dos pueblos amigos; la paz se extiende por la meseta mexicana; la dicha se asoma en cada rostro, el florecimiento, el adelanto en todo es notabilísimo, las dos capitales son grandes centros de vida, de animación de movimiento; y se prepara, en fin, allí el estado de asombrosa civilización que sorprendieron los conquistadores. Durante la vida larga de monarca tan excelso, ¡qué ingeniosas y magníficas construcciones levan-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tadas, qué modificaciones de costumbres tan notables, qué progreso en todo!... Dueño de inmensos dominios, jefe de gentes bárbaras y fieras, á todas partes acude con sus grandes talentos naturales, y tiene siempre muy en cuenta que á lo primero que hay que atender para hacer bien á un pueblo, para modificarle en sus malas costumbres, para civilizarle, es al alma, al desarrollo del espíritu. Así, dando siempre ejemplo de bondad y virtud, imponiendo severas leyes para que por igual se repartiera la justicia hasta entre los señores que le ayudaban en el gobierno y la guerra, haciéndoles amantes del trabajo y de la paz, logró sobre ellos un triunfo completo.

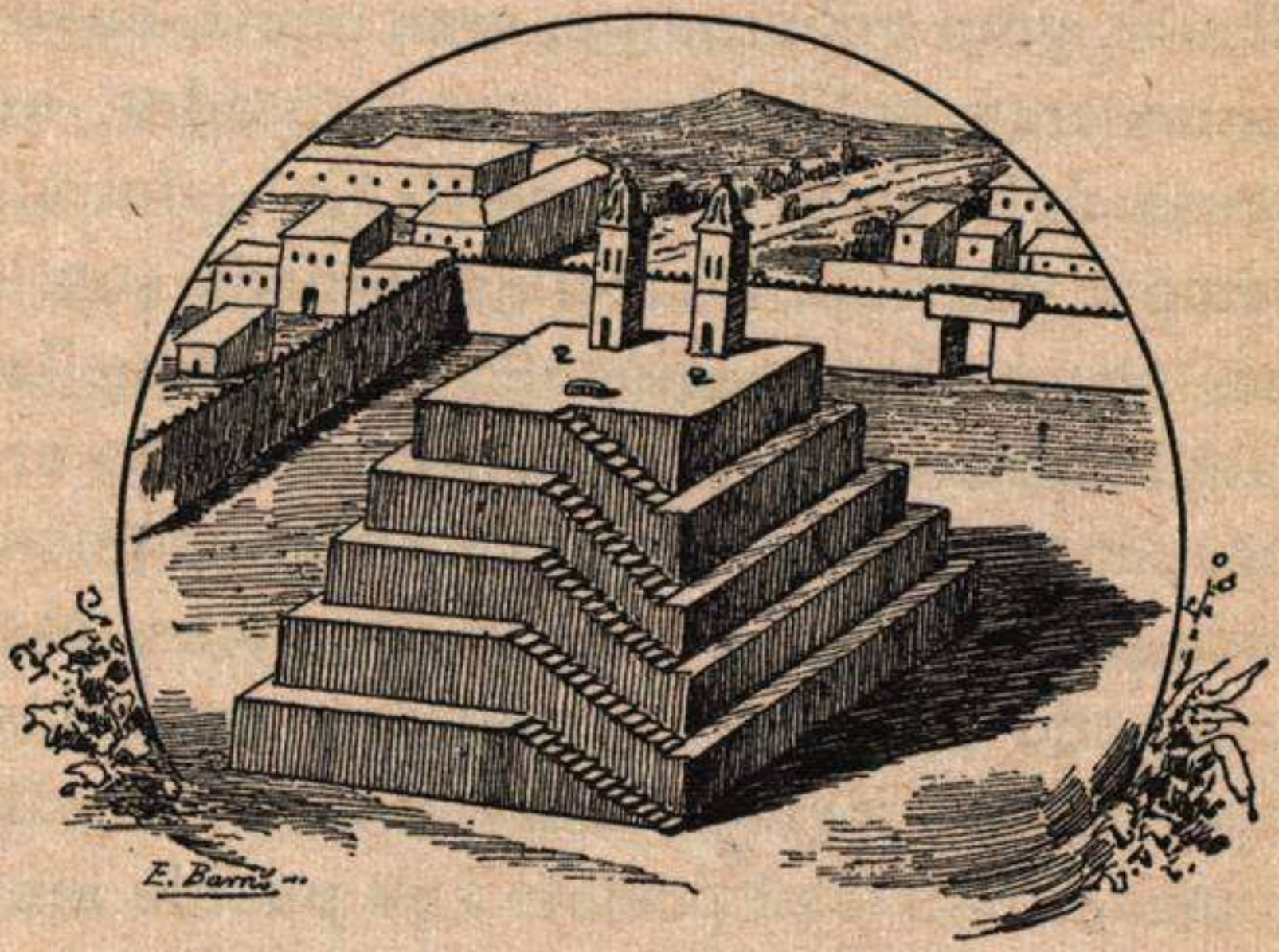
Construyó gigantescos palacios á donde numerosísimos sirvientes vivían, estos palacios lucían magníficos artesonados de maderas finas, tapizadas las salas con telas de algodón de mil colores primorosamente tejidos y orlados de ricas pieles, cubiertos sus suelos de muy raras y lindas esteras,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

el trono de oro bajo dosel de sorprendente plumaje, muy bien combinado en sus colores, á todas horas perfumado por los ligeros vapores magníficos del copal, siempre animado con el bullicio de alegres canciones y de bufonadas en moda... ¡Pero él!... Él, gran gobernante, gran poeta, cuyos cantos eran bellísimos, gran pensador, en frente del suntuoso trono tenía colocada siempre horrible calavera adornada con la más rica piedra imaginable; y tras aquellas habitaciones suntuosísimas en que todo era vida, movimiento, alegría, tenía inmensos bosques solitarios llenos de puentes y cascadas, de peñascos y grutas, y en ellos, meditaba el regio anciano el modo de dar la mayor felicidad posible á su pueblo muy amado los *chichimecas*, á sus vecinos y amigos queridos los *aztecas* ó mexicanos, que muy en breve habían de ser dueños casi en absoluto de aquel gran imperio. ¡Cuánto bien hizo el gran rey, el buen amigo, el gran civilizador de la naciente México.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Sus jardines pasaban por prodigios, sus templos ó *teocalis* por maravillas; siendo el mayor de ellos compuesto por varios pisos, siempre de mayor á menor, y formando el de más arriba una capilla toda cubierta de oro por dentro y dedicada á un



Dios Supremo y sin nombre; como si, amante del verdadero principio y de las teorías de *Quetzalcoatl*, quisiera demostrar así que creía en un solo Dios todo bondad, piedad y misericordia, razón por la cual sin duda suprimió en su pueblo los sacrificios humanos, y trabajó mucho en

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tal sentido con los aztecas, que tenían la costumbre muy arraigada.

Fiel amigo de estos últimos, siempre ayudó muy de veras al engrandecimiento del naciente reino mexicano, con su gran poder material, con las soberanas luces de su inteligencia y de su conciencia. Justicia, valor, talento, fé, prudencia..., toda manifestación nacional fué en él grande y digno de recordación eterna; y en cada uno de sus actos públicos mostró siempre la sensibilidad exquisita de un corazón de artista, la energía indomable de experto general, la rectitud severa de un juez justiciero, inteligencia grande, agradecimiento verdadero. Y cuando, veinte años antes de que Colón descubriera el Nuevo Mundo, murió él, su cadáver fué envuelto en riquísimos mantos de plumas, incensado con el oloroso copal, cubierto el rostro con mascarilla de turquesas, sentado en su trono de oro...; y sus cortesanos fingían hablar con él de negocios públicos, cantando sus hazañas y bailando en torno la sagrada danza.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

¡Recuerdo eterno al gran *Netzahualcoyotl!*

LA CONSULTA DE LOS RATONES

Fué costumbre de otros tiempos fingir los escritores que los animales razonaban y hablaban para demostrar así por medio de sus cualidades de vida, de costumbre, el buen camino que el hombre ha de seguir, el malo que debe abandonar ó temer. Las *fábulas* son el resultado de tal forma de enseñar moral; hé aquí un par de ellas que os compuse:

Érase un taimado gato que, mantenido para esto en grande casa, día y noche hacía la guerra á los ratones. Buen número de ellos había muerto ya entre sus garras y desaparecido luego entre sus dientes, y los muchos otros que quedaban, asustados,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

recelosos, aterrorizados, no se atrevían á salir de sus ocultas cuevas, prefiriendo la muerte por el hambre á la muerte por las garras del minino.

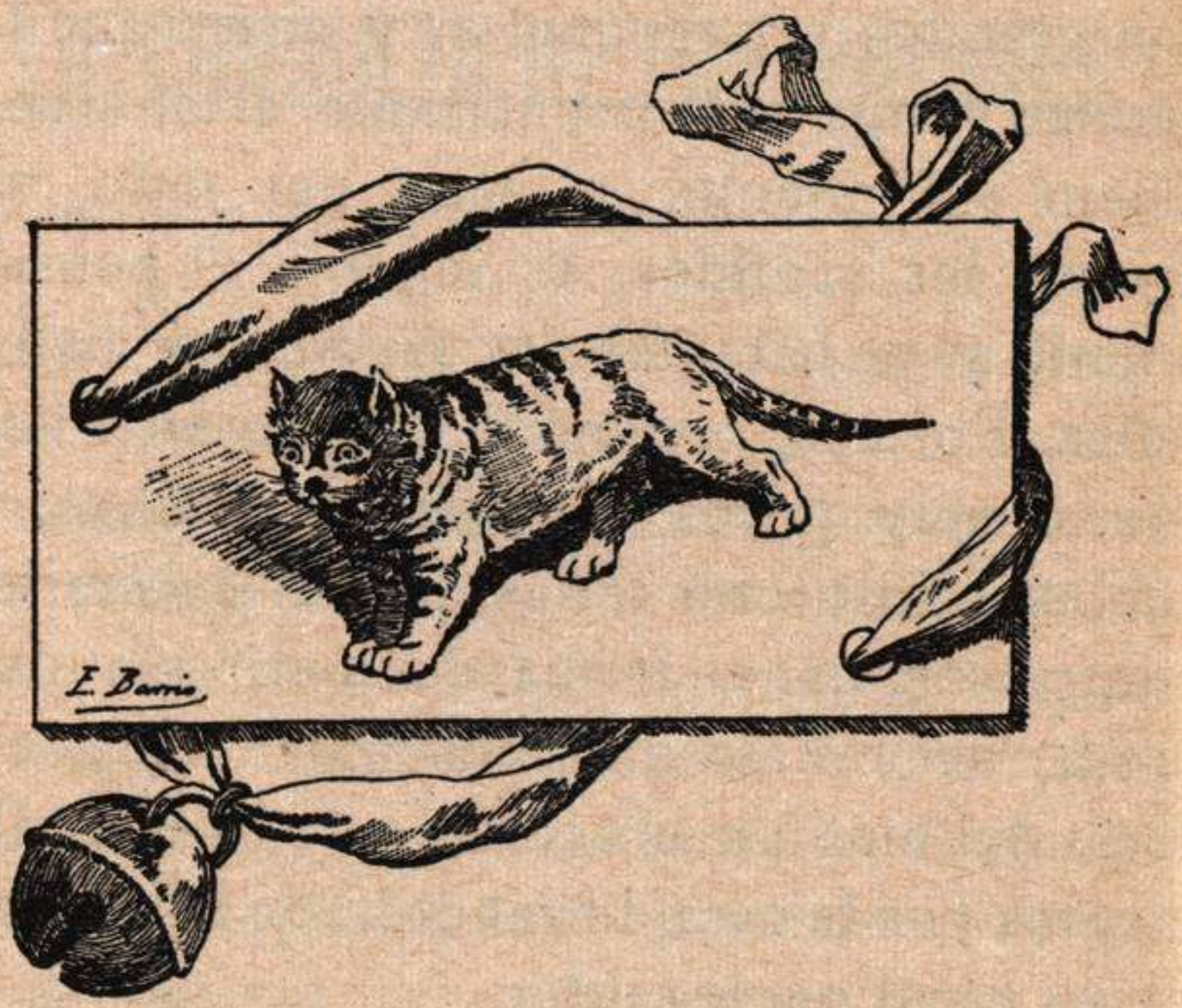
Pero el hambre es terrible; se resiste con grandes repugnancias, y antes que la muerte venga á poner término á tal cruelísimo sufrimiento, se pasa por todo, se aguzan los sentidos, se ingenia el pensamiento y se habilitan las facultades materiales. Por eso, resignándose con su triste suerte muy pocos de nuestros ratones, y sublevándose casi todos, por el contrario, contra semejante forma de morir sin defensa, se reunieron para tratar muy en serio del modo más acertado de buscar alimentos por la casa, librándose de las garras de su cruel perseguidor.

¡Qué cosas se oyeron! ¡Cuántas diversas opiniones se sustentaron! Porque allí á donde son muchos á *deliberar*, y todos con el mismo derecho, es difícil llegar á un acuerdo.

Al fin, y sin que ninguno de los medios

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

propuestos llenara por completo á todos, se iban á poner á votación los más aceptables para decidir, cuando hé aquí que un ratón jovencillo, grave, concienzudo, de los más importantes, dijo:



—Señores, soy de parecer que lo mejor fuera atar á nuestro común enemigo un buen cascabel en la cola; porque el enemigo escandaloso pocas veces triunfa; él no puede estarse mucho tiempo quieto con su cola, sonará el cascabel á cada instante,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

y nosotros sabremos siempre adonde se encuentra, y podemos huir de su persecución.

¡Cuántos aplausos, cuántos bravos, qué entusiastas manifestaciones de admiración y aprobación recibió por su idea el joven ratonzuelo! La verdad es que el medio era ingeniosísimo, y por eso el auditorio no dudó un punto: porque según el sentir de todos, no se podía haber imaginado mejor cosa. Aprobado, pues, sin discusión el medio único de no morir de hambre ni entre las garras del gato.

Pero entonces uno viejo, zorro como él solo, prudente y discreto, que hasta entonces estuvo callado, sin aplaudir ni censurar, dijo de pronto:—La idea es buena como ella sola. Aunque no aplaudí, con entusiasmo la apruebo también; sabedlo. Pero decidme amigos míos: *¿Quién le pondrá el cascabel al gato?*

Un profundo silencio se siguió al anterior bullicio en el concurso. Ninguno se había acordado de esta circunstancia, y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

naturalmente que no hubo quien se encargase de semejante empresa, teniendo que desechar así el hermosísimo ideal del concienzudo jovenzuelo, por imposibilidad de realizarlo, y habiendo en consecuencia de perecer muchos de hambre, y otros más atrevidos que se determinaran á salir, entre las garras del felino.

Es mucho más fácil presentar proyectos salvadores, que ponerlos en práctica.

LA SUERTE DEL ASNO

El hombre, rey de la Naturaleza por la razón, tuvo siempre que disputar sus dominios al león, al monarca de los bosques, que lo es por su bravura y fortaleza.

No lejos de colonia bien poblada, vivía uno de estos reyes del desierto, siempre metido en su cueva, viejo y con las consiguientes enfermedades varias, sobre todo

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

con la absoluta pérdida de energías, que es de los males el más cruel de todos. Con todo esto, en tal necesidad se hallaba el soberano, que varias veces hubiera ya perecido de hambre sin la generosidad de agradecida zorra, á quien en otros tiempos el viejo león permitía comer las sobras de su

mesa espléndida. Procuraba la buena zorra traerle cada día alguna pieza, muy de agradecer y muy agradecida, pero que no le bastaba á restaurar las fuerzas, ni aún á sostener las pocas energías que le quedaban. Y como á cada momento se quejaba con harta razón del estado lastimoso á que se veía reducido, la zorra se tomó la libertad de preguntarle por qué no salía alguna

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

noche serena á dar un paseo por el bosque, donde seguramente hallaría potranco ó ternera con qué regalarse. El león la confesó francamente que ya no tenía fuerzas para sujetar las presas—Solamente un paciente burro podría hacer mi felicidad por algún día, pero desgraciamente mi rival el hombre les ha sujetado á todos á su dominio, y veo así imposible satisfacer mi antojo.—

Suplico, gran señor, que no se aflija vuestra Majestad, pues tengo la ventura de poder intentar complacerle. Veo á diario un rucio, y procuraré traérosle, agradeciéndoos que me dejéis en caso saborear de él las orejas y las patas.

El león le dió su real palabra y la zorra se marchó hacia el poblado, por ver de cumplir su promesa, hacia un sitio adonde efectivamente solía ver el burro de un tejero; y allí le encontró también aquel día, por cierto muy pensativo.

—Siento mucho, señor asno, verle tan triste y pensativo, con las orejas caídas. ¿Cómo así? ¿Qué le aflige?—

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Y el burro, viéndose tratado con tal interés, cortesía y finura, dejó caer de la boca el áspero cardo que comía y dando gran suspiro ó resoplido, respondió:

—¡Ay, amiga zorra! ¡Estoy cansado de vivir! ¡Yo no puedo sufrir más esta vida perversa que me hacen pasar! Estoy bajo el poder de un bruto tejero que me tiene desde el amanecer hasta la noche trayendo y llevando cargas; y aunque mi trabajo le vale de mucho para mantenerse él y sustentar á su familia, nada me dá de comer, dejándome aquí de noche; aquí, adonde no encuentro por abrigo más que aquél mal cobertizo, y por alimento solo éstos erizados cardos, secos, poco sustanciosos. ¡Mucho trabajo y mal alimento!... Y si alguna vez me hallo enfermo, y por eso me detengo ó ando más despacio, como único remedio recibo más ración de palos. Yo no sé qué idea han formado de nosotros los hombres, que tras un varazo, por el cual hay que torcer á la izquierda, nos propinan otro para que volvamos á la derecha; y

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

luego si nos dan un tercer golpe, irremisiblemente esperamos el cuarto: porque los golpes nos los dan siempre á pares. Yo la digo, amiga zorra, que no sé á la verdad qué hacerme; si sufro con paciencia, dice mi verdugo que soy un burro estúpido; si me resisto, sobre mis costillas cae un diluvio de golpes por desobediente y holgazán. ¡Y si los palos cayeran siempre sobre mis caderas, menos mal, porque ya las tengo encallecidas por completo! Pero no, señor; que los más fuertes vienen siempre sobre mi cabeza, estremeciéndome los sesos. ¡Y aún quieren que un burro tenga entendimiento! ¡Ah, señora zorra! Si usted estuviera un solo mes en poder de mi amo, estoy seguro de que perdería usted toda esa sagacidad por la que con justicia es usted tan celebrada!

—Sí; lo creo firmemente, y por eso he aborrecido siempre más á los hombres que á los perros. Más ¿por qué sufre usted, señor asno, tal tiranía? Por qué no varía de dueño?—

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

—¿Y dónde he de ir? Toda mi raza está en esclavitud. Por desgracia, tenemos la reputación de ser los animales más callados y sufridos, más trabajadores y económicos de todo el mundo; de modo es que adonde quiera que nos ven sueltos, echa mano de nosotros el que nos necesita.—

—Pero acaso variando de amo...—

—Todo es inútil, amiga. Los hombres son todos iguales: en los principios de mi vida, fuí de un aguador, que me trataba con igual crueldad; luego vine á caer en manos de un gitano que me trató muy bien por algún tiempo, hasta que me hizo adquirir carnes y fuerzas; pero dió en seguida en la maldita manía de hacerme ligero y vivo como un potro, pinchándome á cada paso para conseguirlo; me llevó por fin á una feria, y pienso que otro gitano ó chalán sería quien me comprara, trayéndome á estas tierras, tan lejanas de aquellas en que mis padres me dieron el ser, y en donde vine á caer en poder del bárbaro que me explota. Siempre son las hembras más des-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

graciadas que los machos, pero en nuestra raza, amiga, tienen algunas mejor colocación y son más felices, porque las suelen dedicar á proporcionar alivio á los enfermos con su sustanciosa leche, y entonces las cuidan mucho mejor. Pero nosotros... ¡Ay'... ¡Nosotros somos muy desgraciados!—

—¡Ea, pues, señor asno! Siga usted mi consejo. Para librarse de tanta tiranía, véngase conmigo á vivir en completa libertad, que es el único estado de felicidad en este mundo. Yo lo llevaré á un desierto no muy distante, adonde se refugiaron otros muchos de su especie, y adonde nunca les falta abundante pasto ni buena recreación, sin tener nada de qué ocuparse ni de qué preocuparse. Allí viven en seguridad completa comiendo, retozando, tendidos al sol, gozando como usted gozará en breve, si me quiere hacer caso, por su bien.—

Seducido el rucio con tal discurso, levantó entusiasmado las orejas, abrió las narices, enseñó los dientes, sonrió placen-

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

tero y comenzó á respingar con el mayor contento dando rebuznos atroces.

—Amiga zorra, guíeme en seguida allá. Quiero alejarme de los hombres y ser libre el resto de mis días. Pero lléveme pronto porque ahora menos que nunca podría soportar la vista de mi cruel amo.—

—Pues andando; pero no rebuzne por el camino, si es que no quiere volver á los palos.—

Así marcharon con el mayor contento hacia la tierra de la libertad soñada por el burro, fantaseada por la zorra. Parando aquél su trote al cabo de un rato, dijo:

—Amiga, estoy muy agradecido, y si quiere montar sobre mis espaldas, con gran gusto la llevaré encima.

—Agradezco mucho el favor y la atención, pero no puedo aceptar. Los consejos de los padres son siempre buenos, y los míos me advirtieron mucho antes de separarme de su lado para buscar fortuna, que no me fiase nunca sinó de mis pies, porque sólo de ellos dependería en todo caso mi

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

seguridad. En mi raza es consejo general de padres á hijos; por eso dicen los hombres que somos tan astutas.—

Por fin llegaron al desierto, y ya allí, la zorra dijo á su compañero cómo era necesario, ante todo, hacer la visita de cortesía al rey de aquellos bosques, para luego retozar en ellos sin inconveniente alguno. Por lo que atónito y cariacontecido, el burro exclamó:

—Yo creí bien, amiga zorra, que en tierra de perfecta libertad no hubiera rey!—

—¡Ay, amigo jumento, y qué ignorantón es usted! ¿A qué tierra irá en que, con uno ú otro título no haya quien mande? Párese aquí un poco, mientras anuncio á su majestad que quiere saludarle un nuevo súbdito, y que señale así hora apropósito para ello.—

Vuelta la zorra, díjole que la siguiera, pues el complaciente rey no quería hacerle esperar.

Y aún no había entrado el rucio en la cueva del león, cuando éste se echó sobre

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

él; pero su debilidad era tanta, que le faltó fuerza en la en otros tiempos poderosa garra para apresarle; por lo que el asno pudo dar un respingo, soltar un buen par de coces, lanzar al aire un soberbio re-

buzno de espanto y echar á correr como un desesperado, sin parar siquiera para tomar alientos hasta llegar á su lugar, maldiciendo en el camino, y más cuando se vió algo tranquilo y se consideró seguro, de la libertad de los bosques tan ponderada por la taimada zorra y tan soñada por él; y resolviéndose á cargar toda su vida, á sufrir palos y comer cardos.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

Pocos días después, la zorra encontrándose con él, le pidió perdón por el suceso, y asegurándole que su majestad leonina no quiso hacerle daño alguno, sino darle el abrazo de bienvenida, y probarle las fuerzas para darle el mando de una provincia.—Si no hubiera huído tan cobardemente, amigo, ya estaría bien acomodado por allá.—

—¡Nada, nada! Estoy resuelto. Mí destino es obedecer; no mandar. Y en todo caso, á la libertad que me ofreciste, prefiero la esclavitud que aquí paso; mejor quiero la vara de mi amo, que las garras de tu rey, amiga. La paciencia me hará llevadera la carga pesada de mi vida.

No quiero más cambio de vida, no. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

CONCLUSIÓN

Quiero acabar esta obrita haciéndoos una advertencia de la mayor importancia: Que podéis y debéis de sacar fruto de cuanto observéis con un poco de detenimiento, para lo que os habéis de acostumbrar á reflexionar sobre ellos, aplicándoos luego las reflexiones á vosotros mismos, á vuestras obligaciones y situación particular en que os encontréis. Dios mismo, en el Antiguo Testamento, Jesucristo en los Evangelios, nos lo enseñan muchas veces: «Contemplad los lirios, las flores del campo; Salomón, en toda su gloria no se vistió jamás con tanta gala y majestad.» «Las aves, las zorras, todo animal tiene su nido, su guarida, su escondrijo... ¡Sólo el hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza!» En suma, que de cuanto veamos podamos sacar partido, argumentos

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

y reflexiones utilísimas para la corrección y perfección de nosotros mismos y de nuestros semejantes, leyendo los Evangelios, á cada paso encontramos confirmada esta verdad.

Este método de estudio en la Naturaleza que para nuestro aprovechamiento en la moral os propongo, no es menos útil para arreglar nuestra conducta en la vida social ó civil, en la vida de relación con los demás hombres, nuestros hermanos en Cristo. He aquí un buen ejemplo de ello que si reflexionáis con calma sobre él, os será muy provechoso:

Habréis visto mil veces á las abejas entrar y salir en su colmena. Pues advertid cómo ellas nos enseñan en sus labores, en su actividad grande, en su extrema vigilancia, á ser amantes de nuestros mayores, á obedecerles, á ser dóciles y prudentes, á ser aplicados al trabajo.

Estos pequeños insectos tienen gran amor á su reina; tanto, que donde quiera que vaya, le sigue el enjambre; y donde se

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

para, allí hacen alto. Se guarecen como sabéis y construyen sus riquísimos panales, hechos con gran ingenio y primorosa delicadeza, en el carcomido tronco de un árbol, en las quiebras de un peñasco, ó mejor en las colmenas apropósito que el industrioso cosechero les prepara. Apenas el alba asoma en el Oriente, salen ellas de su retiro y van presurosas á posarse sobre las flores más olorosas, sobre las plantas más balsámicas de los campos; y en ellas chupan, *liban*, ciertas sustancias que ellas, en su tubo digestivo, convierten luego en miel, de sabor muy delicado. Para el tiempo en que no podrán salir de sus colmenas, recogen alimentos y los almacenan; teniéndolo todo muy bien dispuesto, muy ordenado y con gran aseo. A los zánganos ociosos que comen sin trabajar, los echan y aun los matan, en su exaltación de amor al trabajo. Sobre el panal, que construyen con la sustancia que luego llamamos cera, van depositando la miel que fabrican. En una palabra: reina en ellos tanta armonía,

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

que no hay más que ver ni que pedir; porque todo en una colmena es admirable.

¡Admirables animalitos! Ellos proporcionan al hombre exquisito manjar, que utiliza también en medicina; y producto combustible de múltiples usos, el más noble alumbrar la casa de Dios, el templo, ardiendo en el altar santo. Ellos son gran ejemplo de vida social, de vida laboriosa, industrial; modelo de método y orden; escuela de buen gobierno social, adonde se respeta lo útil, adonde lo inútil se desprecia y persigue.

Hijos míos, he terminado y pondré fin al librito, rogándoos que observéis mucho la naturaleza en la innumerable escala de sus séres, en los bellos ejemplos y saludables modelos de vida que nos ofrece, pues que ello puede y debe servirnos de

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

estímulo para perfeccionarnos, que es alcanzar la recompensa eterna tras el bien pensar y obrar de la tierra.

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

ÍNDICE

	Págs.
Introducción	3
El labrador felíz	5
El herrador...	9
La viuda de Sarepta	14
La piedra del mal hijo.	17
Los juicios temerarios	24
El caballo robado	33
Ternura filial	36
Un niño heróico	39
La terquedad del borracho	42
La bolsa perdida	46
Rasgo de justicia	50
El octavo hijo	53
La lluvia	63
Los regalos	64
La caridad recompensada	68
Jaime el dormilón	71
Fé cristiana	85
La hija del desterrado	98
El escolar rebelde	114
Serpiente primorosa	144
Nelzahualcoyolt	160
La consulta de los ratones	170
La suerte del asno	174
Conclusión	185

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

¡Interesantes!

¡Amenas!

¡Recreativas!

¡Artísticas!

¡Ideales!

El entusiasmo de los niños por las

Bibliotecas Rodríguez

aumenta continuamente

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

LAS MÁS INTERESANTES PARA NIÑOS Y NIÑAS

(c) Instituto del Cardenal Cisneros de Madrid

2484

(c) Instituto